

# ACRACIA

REVISTA SOCIOLOGICA

Publicación mensual de treinta y dos páginas, á una peseta trimestre, y más el exceso de franqueo en el extranjero

Enero de 1888

Año III

N.º 25

La correspondencia administrativa y de redacción dirijase á Bienvenido Rius, San Olegario, 2, pral.; Barcelona

## ¡POR LA ANARQUIA!

RECUERDO dedicado por la revista sociológica ACRACIA  
á las heroicas  
y gloriosas víctimas de la Anarquía, sacrificadas por la burguesía republicana  
de los Estados-Unidos  
en Chicago en 11 de Noviembre de 1887



NIÑA STUART VAN ZANDT



Las leyes de la historia, inflexibles como las de la naturaleza toda, se cumplen con perfecto rigor.

Toda evolución histórica promovida como aspiración generosa que protesta contra las iniquidades de la práctica, si antes no ha sido depurada de todo germen de mal, cuando alcanza el triunfo reproduce los mismos males que se propuso destruir, variando únicamente la forma.

Tal es la situación actual de la democracia y de la república en aquellos países donde ha podido desarrollarse. Así vemos en las repúblicas de Europa y de América reemplazados los antiguos privilegios de la nobleza y del clero por los de plebeyos enriquecidos por la usura y la explotación, que pesan de modo inaguantable sobre los oprimidos trabajadores.

Débase esto á que la evolución política ha adelantado en su camino, dejando intactas las injusticias que desde los comienzos de la sociedad humana se vienen cometiendo en la distribución de la riqueza natural y de la producida por el estudio y por el trabajo; y constituyendo tan importante abandono una especie de pecado original de la república, vemos que si desapareció el antiguo señor de horca y cuchillo, tenemos hoy el soberbio señor de la fábrica, que explota y envilece, del mismo modo que aquél explotaba y envilecía á sus vasallos, á los infelices trabajadores que tiene bajo su dominio.

Contra tal desconocimiento del derecho levántanse los anarquistas; no á producir un cambio de forma en la manera de producirse el mal, sino á extirparlo por completo; no á determinar una manera más ó menos tiránica de gobernar á los hombres, sino á combatir todo gobierno, reivindicando para cada uno el derecho de gobernarse á sí propio; no á limitar de tal ó cual modo el privilegio de poseer concedido por la herencia ó por el monopolio de los medios de producir, sino á reintegrar á todos, niños, hombres, mujeres y ancianos, sin distinción alguna, en la posesión del patrimonio universal, constituido por todo lo que por la naturaleza ó por el trabajo acumulado de las generaciones tiene valor y sirve para la satisfacción de las necesidades humanas.

Nadie comprendió tan sublimes verdades ni se propuso tan levantados pensamientos como los anarquistas; por eso mismo nadie sobrepujo en odio á la anarquía y á los anarquistas á los enriquecidos burgueses de la Unión Americana, que vieron en aquellos hombres y en aquellas doctrinas la negación absoluta de sus detentadas riquezas, á la par que una tremenda acusación contra la falsedad de sus teorías políticas.

Por eso no pararon hasta llevar á la horca á nuestros amigos, sin pensar en su odio insensato que con ello daban á la anarquía carta de naturaleza en la lucha del progreso, y santificaban los mártires de una idea que tiene ya asegurado su porvenir.

Tan importante episodio ha de formar una brillante página de la historia, y ACRACIA no encuentra mejor modo de agradecer la protección que los anarquistas la dispensan que dedicando este número, al entrar en el tercer año de su publicación, á los *Anarquistas sacrificados en Chicago*.

# I

La cuestión de las ocho horas no es nueva en los Estados-Unidos. Hace más de veinte años, algunas organizaciones obreras pidieron que la jornada de trabajo se rebajara de diez á ocho horas. El principal argumento que exponían era que en vista del adelanto de la maquinaria, muchos obreros debían quedar forzosamente sin trabajo. Wendel Philipo y otros fueron entusiastas defensores de la jornada de ocho horas. Si los capitalistas hubieran aceptado entonces la reforma, los adelantos industriales no hubieran producido la crisis que hoy se nota, y muchos miles de presos y asilados serían hoy ciudadanos felices y honrados; muchos millares de mujeres que hoy se ven arrojadas á la prostitución podrían ser buenas compañeras y madres venturosas. Pero ¿qué se puede esperar de los sentimientos de esos ciudadanos que sólo protegen asociaciones políticas, religiosas y patrióticas? Se puede sacar más beneficio haciendo trabajar diez horas que haciendo trabajar ocho: esta ha sido toda su filosofía.

Los Cuerpos Colegisladores de algunos Estados, entre ellos de Illinois, han aprobado años atrás una ley declarando ser la jornada legal de ocho horas.

Por supuesto, esta ley, como emanada del Estado, ha sido para los trabajadores una letra á plazo indefinido. Sirva esto de ejemplo á algunos incautos que aún tienen esperanzas en la jornada legal de ocho horas y pierden un tiempo



verdaderamente precioso, en tentativas gubernamentales. Nuestros hermanos de América lo comprendieron así, pues en 1884 la Federación de las Asociaciones obreras de Estados-Unidos y Canadá aprobó una circular declarando que la jornada de las ocho horas sólo sería un hecho cuando la conquistaran directamente las mismas asociaciones. Se acordó al propio tiempo que el 1.º de Mayo de 1886 sería el día marcado para inaugurar el nuevo sistema. A la actividad de la prensa anarquista, y en especial del *Arbeiter Zeitung*, fué debida en gran parte la generalización del movimiento. Además, muchos oradores organizaron meetings y conferencias casi todas las noches, organizando secciones que se iban adhiriendo á los Caballeros del Trabajo y á la Unión Central obrera. La demostración llevada á cabo por esta Unión el sábado anterior al 1.º de Mayo prueba cuán extendido estaba el movimiento. Un doctor alemán, amigo de Spies, que acababa de llegar de Londres encargado de una misión científica, aseguró no haber visto manifestación tan imponente ni en París, ni en Londres, ni en otra capital de Europa, á pesar de haber presenciado muchas. En dicha manifestación Parsons, Fielden, Schwab y Spies dirigieron la palabra á la multitud.

Por fin llegó el 1.º de Mayo. La nación tenía los ojos fijos en Chicago, donde debía librarse la batalla decisiva. El vencido en Chicago iba á ser el vencido en toda la nación. Cuarenta mil trabajadores estaban dispuestos á abandonar el trabajo. El mismo día publicó Spies el siguiente artículo:

«Ya está echada la suerte. El día 1.º de Mayo, cuya significación y trascendencia apreciará el porvenir, ha llegado. Durante veinte años, el pueblo trabajador de los Estados-Unidos ha pedido en vano á los poderes la jornada legal de las ocho horas. Los años pasan y la reforma no viene. Por fin, los trabajadores han resuelto que la jornada de las ocho horas sea un hecho desde el 1.º de Mayo de 1886.

»Esta es una petición injusta, ha dicho la prensa venal y burguesa; los socialistas no están nunca satisfechos. Y han llenado á los trabajadores de calificativos insultantes.

»Pero los hechos se han apresurado. Ha progresado la agitación y es cada día mayor el número de los que piden la reducción de las horas de trabajo. A medida que los acontecimientos se han precipitado, el lenguaje de los explotadores y sus secuaces ha subido de tono. Lo que antes tenían por injusto, lo encuentran ahora criminal y desprovisto de sentido común y de patriotismo (1).

»Ahora pretenden que todo son manejos de anarquistas criminales, cuyo objeto es engañar y abusar á los obreros para hacerles ingresar en sus filas. Los que se burlan de los trabajadores son ellos.

»¡Hombres del trabajo, preparaos! Bastante tiempo han abusado de vosotros. La lucha no podrá seguramente ser muy larga. Vuestros enemigos echarán mano de todos los medios, del hambre, de la fuerza. Se trata ya de saber si los obreros quieren seguir sumisos, ó si las ideas modernas han germinado ya en sus cerebros.»

El lunes, 3 de Mayo, el movimiento era general. El *Arbeiter Zeitung* correspondiente á este día publicó una interesantísima revista del estado de las cosas, haciendo notar su innegable importancia. Entre las manifestaciones, notóse una de 600 mujeres pertenecientes á la sección de sastrería, que atravesaron la ciudad. La policía tuvo el valor de hacer varias cargas á las manifestantes, que no se disolvieron por eso.

Por la noche diez mil manifestantes celebraron una reunión en Island Ave. Cuando Spies quiso hablar, muchos concurrentes gritaron que no querían oír discursos anarquistas. Pero á media peroración, el orador había conquistado y convencido por completo á su numeroso auditorio. Antes de terminar Spies su discurso, unos ciento cincuenta hombres se dirigieron á la fábrica de Mac-Cornick, situada á un cuarto de milla de distancia del sitio donde se celebraba el meeting. Esta fábrica era la única donde no se suspendió el trabajo, y donde ya se había originado un conflicto.

El 3 de Mayo por la tarde una multitud compuesta de siete á diez mil hombres se dirigió á la citada fábrica, con el fin de invitar á los obreros á que abandonasen el trabajo. Al llegar allí se encontraron el edificio lleno de para-

(1) Nótese que en las recientes huelgas de Barcelona, los capitalistas han llamado también á las puertas del patriotismo. ¡Todos iguales!



petos y obras de defensa, viniendo poco más tarde la celosa policía republicana en defensa de los intereses capitalistas, la cual, como de costumbre, no tardó en tomar una actitud agresiva, atacando, sin que fuera hostigada antes, al pueblo, que se defendió á pedradas y tiros de revólver.

El 4 de Mayo se renovó la lucha, muriendo en ella un polizonte y dos obreros, contándose además muchos heridos de ambas partes.

En vista de esto, el *Arbeiter Zeitung*, periódico anarquista, publicó el siguiente llamamiento á un meeting que debía verificarse al día siguiente:

«La guerra de clases ha comenzado. Ayer se ha fusilado á los trabajadores enfrente de la fábrica Mac-Cornick. ¡Su sangre pide venganza!

»¿Quién podrá dudar ya que los tigres que nos gobiernan están ávidos de sangre trabajadora?

»Pero los obreros no somos un rebaño. Al terror blanco responderemos con el terror rojo.

»¡Es preferible la muerte á la miseria!

»Si se fusila á los trabajadores, contestemos por modo tal que se guarde memoria mucho tiempo.

»La necesidad es la que nos hace gritar: ¡A las armas!...

»Ayer las mujeres y los hijos de los pobres lloraban á sus maridos y sus padres fusilados, en tanto que en los palacios se llenaban los vasos de costosos vinos y se bebía á la salud de los bandidos del orden!...

»¡Secad vuestras lágrimas los que sufrís!

»¡Tened corazón, esclavos!

»¡Sublevaos!»

El día 5 asistieron al meeting, que se efectuó en la plaza Haymarket, más de quince mil obreros. Spies, Parsons y Fielden hablaron sucesivamente. Antes de terminar el discurso de este último anocheció, y como si esto fuera la señal, 125 polizontes, armados de fusiles y seguidos de otros 250, avanzaron en columna de diez filas, constando de doce hombres cada una de éstas.

En este momento fué cuando se lanzó, sin que se supiera de dónde ni por quién, una bomba, que cayó entre la segunda y tercera fila, matando á ocho policías, que á su vez hicieron un fuego nutrido sobre la multitud, dejando en la plaza más de 80 muertos y muchos heridos. Acerca de este suceso y de sus consecuencias, escribe el corresponsal americano de un periódico republicano de Madrid, la siguiente correspondencia, que puede empezar á dar una ligera idea del conjunto del drama desarrollado en Chicago:

«En la noche del 4 de Mayo, mientras se verificaba uno de esos meetings al aire libre, se presentó inesperadamente en el lugar de la escena un escuadrón de policía compuesto de 180 hombres, al mando del capitán Ward, quien intimó á los allí reunidos á que se disolvieran inmediatamente. En el mismo instante se lanza una bomba de mano que siembra el espanto y la muerte entre las filas de los agentes, muchos de los cuales quedaron tumbados en el suelo con heridas fatales; pero rehaciéndose inmediatamente y sacando sus revólvers se empeña una refriega general, dejando bastantes muertos y heridos los trabajadores al emprender la retirada, después de algunos minutos de furioso combate. Un vigilante murió aquella misma noche, seis murieron días después y algunos han quedado inválidos para toda la vida.

»Del proceso que se instruyó resultaron complicados: Oscar Neebe, Samuel Fielden, August Spies, Albert R. Parsons, Michael Schwab, Louis Lingg, George Engel, Adolph Fischer. El primero fué condenado á quince años de presidio y los siete restantes á la horca; fijándose el 11 de Noviembre de este año para la ejecución. La sentencia fué apelada ante el Tribunal Supremo del Estado, y más tarde ante el Supremo de la Nación, habiendo denegado ambos la apelación.

»No se ha podido averiguar quién arrojó la bomba, siendo la opinión general que el autor no ha sido aprehendido. En la causa se ha estimado como pruebas de convicción los discursos pronunciados por esos infortunados, años antes de las ocurrencias que se han descrito, y que en el acto de pronunciarse no causaron á nadie ningún desasosiego ni dieron lugar á que la policía interviniese; figuran también como piezas en este célebre proceso escritos publicados por varios de los condenados mucho tiempo antes de ocurrir los trágicos sucesos, y documentos cogidos por la policía en casa de aquéllos, cuyo contenido se considera como una conspiración en contra del Estado, en que figuran



como cabecillas los nombrados. Estos son en su mayoría personas de inteligencia nada común; Spies, escritor notable, colaboraba en el periódico anarquista *Arbeiter Zeitung*; Parsons dirigía un periódico de la misma índole, *The Alarm*; Fielden, encargado de su propia defensa, pronunció ante el juez Gary, que presidía el tribunal, un discurso de los más bellísimos en la forma y de un efecto sorprendente; Schwab es un escritor con tendencias filosóficas; Lingg, como mecánico, era un genio; todos eran apóstoles del anarquismo, casados en su mayoría y con hijos.»

## II

Antes de seguir nuestro relato vamos á dar algunas noticias biográficas acerca de los condenados á que se refiere el artículo que acabamos de transcribir:

**Augusto Vincent Theodore Spies.**—Nació en Landeck, Hesse, en 1855. Fué á los Estados-Unidos en 1872 y pasó á Chicago en 1873, trabajando en su oficio de impresor. En 1875 se interesó mucho en las teorías socialistas; dos años más tarde ingresó en el partido socialista y fué redactor del periódico *Arbeiter Zeitung* en 1880; poco tiempo después fué nombrado sucesor de Paul Grottkau, como jefe editor del periódico. Desde esta época se reconoció en él á uno de los más inteligentes y capaces entre los hombres del partido.

**Samuel Fielden.**—Nació en Todmorden, Lancashire (Inglaterra) en 1847; pasó su juventud trabajando en los talleres, y entrando en la edad de la razón, se recibió de ministro metodista. Fué después nombrado superintendente de las escuelas dominicales de su país natal. En 1868 pasó á Nueva-York y trabajó en algunos telares. Al año siguiente se trasladó á Chicago, y desde esta fecha trabajó como operario. Ingresó en la Liga liberal en 1880, en donde encontró á Spies y á Parsons, se declaró socialista y fué uno de los miembros más activos de la Asociación Internacional de los Trabajadores. Es un gran orador y pensador profundo.

**Luis Lingg.**—Luis Lingg nació en Mannheim de Alemania, el 9 de Setiembre 1864. Su padre trabajaba la madera de construcción y su madre era lavandera. Luis recibió su educación en las escuelas públicas de Mannheim. La manera como las primeras sombras de la vida empezaron á oscurecer el horizonte del muchacho, ejerciendo un influjo decisivo en el ánimo del mismo, la refiere del modo siguiente: «Mi primera juventud era feliz hasta que una desgracia que tuvo mi padre produjo tal cambio en nuestra posición, que bastantes veces la necesidad y el hambre fueron huéspedes de nuestra familia. Solamente los esfuerzos extremados de mi madre hicieron que sus visitas no fueran diarias. Un día mi padre trató de reponer un pesado tablón de madera de encina que se había deslizado de la orilla sobre la helada superficie del río. La capa de hielo se rompió y mi padre desapareció en las aguas heladas, siendo sacado con gran dificultad. Este accidente destruyó su salud y menguó su capacidad de trabajar; en vista de esto su noble patrón le redujo el salario, aunque ya hacía doce años que mi padre le trabajaba lealmente, por último le despidió diciendo que el negocio iba en decadencia. Cuando tenía 13 años recibí las primeras impresiones de la justicia de las instituciones sociales reinantes, es decir, la explotación del hombre por el hombre, observando lo que pasaba en mi propia familia. No se me escapaba que el antiguo burgués de mi padre, el comerciante de madera, se hacía cada vez más rico, á pesar de la vida dispendiosa que él y su familia llevaban, mientras que por otro lado mi padre, quien había contribuido á crear la riqueza que el burgués poseía sacrificando en ella su salud, fué tirado como un instrumento gastado. Todo esto ingertó en mi ánimo el germen de amargura y odio á la sociedad existente, y este sentimiento se hizo más intenso á mi entrada en el palenque industrial.»

Lingg aprendió el oficio de carpintero, y después del tradicional (en Alemania) aprendizaje de tres años, viajó por el Sur de Alemania y luego por Suiza, trabajando doquiera se presentaba la ocasión. No tardó en enterarse de las doctrinas del socialismo, que aceptó con entusiasmo.

En 1885 fué á América. No quería someterse al servicio militar de Alemania, y por esto ya no estaba seguro en Suiza. Llegó á Chicago y obtuvo trabajo de su oficio de carpintero, haciéndose pronto miembro de la sociedad en la cual se distinguió por su actitud organizadora, pudiendo con noble orgullo hacer constar el hecho que la sociedad á que pertenecía salió sin menoscabo de fuerzas del malhadado movimiento por las 8 horas en Mayo de 1886.



**Alberto R. Parsons.** — Nació en Montgomery, Alabama (Estados-Unidos), en 1848. Sus padres murieron siendo él muy joven, y su hermano W. R. Parsons, que era general en el ejército confederado, pasó á Tejas; llevándose consigo á su hermano Alberto. Allí recibió su educación en los colegios de Waco. Después aprendió á impresor en el periódico *Galveston News*, y cuando estalló la guerra se fugó de casa de su hermano é ingresó en un cuerpo de artillería del ejército confederado. Poco tiempo después sirvió bajo las órdenes de su hermano, recibiendo señaladas distinciones por su valor heroico.

Después de la guerra fué editor del periódico *El Espectador*, en Waco. Con gran disgusto de su hermano se volvió republicano y gran político del partido, al extremo de haber ocupado por dos veces puestos en el gobierno federal de Austin y fué secretario del Senado del Estado de Tejas. En esta época se casó con una mulata, y en 1872, á consecuencia de este casamiento, su hermano lo despreció y le obligó á salir de Tejas. Habiéndose dirigido á Chicago, trabajó allí algún tiempo en varias imprentas y se hizo un agitador de profesión entre las clases trabajadoras. Por sus méritos fué nombrado maestro obrero del distrito 24 de los Caballeros del Trabajo y presidente de las asambleas de oficios, el cual desempeñó tres años consecutivos. En 1879 fué nombrado candidato para la presidencia de los Estados-Unidos por el partido socialista obrero, lo cual rehusó por no tener la edad de 35 años, que es lo que marca la Constitución. En 1883 fué uno de los que formó el programa del partido de la Asociación Internacional de los Trabajadores en el congreso de Pittsburg. Fué después nombrado candidato para desempeñar el puesto de concejal; y, finalmente, en 1884 fundó el periódico *La Alarma*, órgano del «American Group.»

Desde esa época, sus continuos servicios á la organización y su actividad incansable, como asimismo su palabra fluida y convincente, hicieron de Alberto R. Parsons una de las más importantes figuras que descollaban entre la pléyade de trabajadores ilustrados que dirigen el movimiento obrero en la República Norte-Americana.

**Miguel Schwab.** — Nació en Mannheim (Alemania) en 1853, recibiendo su educación en un convento. Trabajó algunos años de encuadernador en distintas ciudades alemanas, afiliándose al partido socialista. Fué á los Estados-Unidos en 1879, y algún tiempo después entró de redactor junto con Spies en *Arbeiter Zeitung*, ilustrada publicación socialista. Era un correcto orador, y su popularidad en el elemento alemán era muy grande. Como organizador era digno émulo de sus compañeros sentenciados.

**Jorge Engel.** — Nació en Cassel (Alemania) en 1836. Recibió una educación común en las escuelas públicas y aprendió á impresor. En 1873 pasó á los Estados-Unidos, y un año después llegó á Chicago, donde se afilió al partido socialista. Fué el fundador del famoso grupo socialista Northwest en 1883. Su notoria actividad y energía incansable impulsaron grandemente la organización. Engel era un orador incisivo y su palabra correcta y fácil era oída con agrado, aún por sus adversarios.

**Adolfo Fischer.** — Era natural de Alemania y contaba 30 años de edad. A los 10 años emigró con su familia á los Estados-Unidos y aprendió á impresor en Nashville (Tenese). Adelantando en su educación sociológica, fué poco después editor y propietario del periódico *Staats Zeitung*, que se publicó en Little Roch (Arkansas). En 1881 vendió el periódico y se trasladó á Chicago, en donde trabajó de impresor, fundando después un periódico defensor de los ideales socialistas más avanzados. Desde esa fecha, su reconocida ilustración y su laboriosidad le llevaron al desempeño de difíciles comisiones en el seno de la organización obrera.

**Oscar Neebe.** — Se halla actualmente en la cárcel cumpliendo su condena de 15 años de presidio. Nació en Filadelfia de padres alemanes. Su padre y su madre viven aún. En la época de su arresto no vivía Neebe de un salario fijo, dedicándose á trabajos particulares. Desde sus primeros años sintió latir su corazón á favor de los desheredados, y fué siempre un excelente organizador de las secciones de oficios, siendo un propagandista acérrimo de las ideas socialistas. Tiene en la actualidad 39 años y es de aspecto simpático. Estaba casado y tiene dos hijos. Su desventurada mujer, que le adoraba, murió del disgusto al saber que habían metido á su marido en la cárcel de Chicago. Su único crimen consiste en su amor por el movimiento revolucionario, y el haber incurrido en el odio de los gobernantes. Nada tiene que ver con los sucesos de



Haymarket ni con la explosión de la bomba. Neebe se ha conformado con su suerte como un verdadero hombre de valor.

Los datos que anteceden prueban que los sentenciados de Chicago eran hombres activos, trabajadores y de generosos sentimientos. A pesar de la mísera situación en que les colocaban los tribunales del capital, inspiraron entusiasmo a los corazones imparciales; respecto á los enemigos y pasión á las mujeres.

Niña Van Zandt, rica heredera, se enamoró de Spies á los pocos días de sentarse éste en el banquillo de los acusados; y posteriormente se ha casado con él por poderes, sin tener más consuelo que verle detrás de los barrotes de la celda que ocupaba en la prisión. Eda Muller es otra joven, hermosa y elegante como la primera, y el objeto de su amor ha sido Lingg, el más gallardo de todos los prisioneros.

Pero oigamos á la misma Van Zandt. Hé aquí el prefacio, escrito por ella, de la *Auto-biografía de Spies*:

«En las páginas que siguen presento un croquis auto-biográfico de Augusto Spies, incluyendo su discurso ante el tribunal y una colección de notas y cartas dirigidas á mí, referentes á su prisión. Al publicar estos escritos, sólo me guía el deseo de proporcionar á mis conciudadanos de América los medios para que empiecen á enterarse de la vida, del carácter y de las aspiraciones de un hombre que, en unión de otros, ha ocupado su atención durante los últimos nueve meses. Cuando hayan leído este folleto, podrán formarse una opinión exacta de un hombre que ha sido injustamente vilipendiado por la prensa capitalista y cuya ejecución, así como la de sus compañeros, constituye una de las venganzas más odiosas de los buitres sociales, que jamás haya registrado la historia.

«Yo no conocía á ninguno de los acusados, cuando, durante la comedia llamada juicio, entré en la sala de sesiones. No tenía acerca de los presos más noticias que las que traían los diarios, así es que esperaba ver á unos hombres estúpidos, viciosos y de aspecto patibulario. ¡Cuál no fué mi sorpresa, al ver que, lejos de corresponder á esta descripción, eran inteligentes, bondadosos y de aspecto simpático! Empecé á interesarme y comprendí muy pronto que los oficiales del tribunal, la policía y los agentes de seguridad procuraban que fuesen condenados aquellos hombres, no por haber cometido crimen alguno, pero sí por haber tenido participación en el movimiento socialista.

«Preso de un sentimiento de horror ante lo que estaba viendo y oyendo, pero animada también de un sentimiento de justicia, resolví colocarme en el sitio de los acusados. Deseosa de mostrarles mis simpatías y de ver en qué podía ser útil á esos desventurados, me dirigí, acompañada de mi madre, á la cárcel sombría donde estaban pasando los calurosos meses de verano. Entonces empezaron mis relaciones con Augusto Spies, relaciones que continuaron durante los meses siguientes.

«Todas las personas imparciales deben desear que ambas partes sean oídas antes de que pronuncie su fallo la pública opinión. Pues bien, sólo ha sido oída una de las partes, ya que los periódicos se han negado á publicar artículos, rectificando muchas de las afirmaciones vertidas en sus columnas. Al presentar este folleto á mis compatriotas, abrigo la firme convicción de que harán justicia á los hechos y á las personas.

«Fáltame añadir, que sólo cediendo á los ruegos de sus amigos y á los míos, ha autorizado Spies la publicación de su auto-biografía.—NIÑA VAN ZANDT.

«P. D.—Desde que ha empezado á imprimirse este libro, y antes de su terminación, ha ocurrido un incidente que necesita alguna explicación, gracias al carácter especial que ha querido atribuirle una prensa degenerada. Mi simpatía para los acusados hizo germinar en mi corazón un principio de amor por mister Spies, y poco después sentía por él una intensa pasión. Como amiga, encontraba yo mil obstáculos á mis visitas; para salvarlos, resolvimos que yo declararía ser su novia. Pero pronto supe que sólo las esposas tenían el derecho de ver á sus maridos fuera de los días reglamentarios, y por otra parte nos avisaron que renunciáramos á vernos en días distintos de los marcados en el reglamento. Entonces comprendí que se trataba de privar de mis socorros y de mi compañía á los prisioneros y á mi novio, por cuya pérdida se interesaban muchos. Desde entonces, Spies y yo resolvimos ser marido y mujer ante la ley.

«Mis padres no se opusieron á mi casamiento, que vino á ser, por lo tanto, un asunto que sólo á dos personas afectaba. Pero una cuadrilla de periodistas, valientes bandidos algunos de ellos, se enfurecieron y me insultaron cuando



nuestro casamiento fué del dominio público. Aunque hubiese cometido el crimen más horrendo, esos *cumplidos caballeros* no me hubieran maltratado como lo han hecho. Si yo fuera una niña pobre y extranjera, no hubieran dicho una palabra. Pero soy una joven americana, de familia rica y distinguida, que ha seguido los impulsos de su corazón, ¡y por eso soy una loca que tengo la cabeza trastornada por las novelas!

»Si me hubiera casada con un viejo vicioso é inválido, pero poseedor de grandes riquezas, esos *moralistas* me hubieran colmado de alabanzas y muchos de mis hermanos en Jesucristo dirían á sus hijos: «Tomadla por ejemplo. Hé aquí una joven sensible.»

»Yo prefiero la censura de esa sociedad *moral* que no puede comprender un verdadero amor, duplicado por la mancomunidad de ideas y por la desgracia. En cambio me enorgullezco de mis nuevos amigos, que son las personas capaces de apreciar un amor puro y desinteresado.—NIÑA VAN ZANDT.

### III

Veamos ahora los principales párrafos de la acusación fiscal, fundamento legal del acto que deshonra para siempre las instituciones republicanas tanto como enaltece á los héroes de la anarquía.

»Es evidente que los acusados pertenecen á una asociación secreta, cuyo objeto es provocar conflictos con la policía, alterando el orden y faltando á las leyes y al principio de autoridad. Dicha organización pretende que las bombas de dinamita deben ser arrojadas por los trabajadores como medio de obtener de los capitalistas el respeto de sus derechos. En las reuniones secretas acordóse emplear la dinamita y fabricar bombas; gran número de folletos y diarios que contenían instrucciones destructoras fueron distribuídos por los acusados; la bomba que fué arrojada en Haymarket en la noche del 4 de Mayo 1886 fué fabricada por Luis Lingg, y algunas bombas pequeñas fueron distribuídas en poco tiempo entre los concurrentes al meeting: los que tomaron dichas bombas sabían perfectamente que tenían que usarlas contra la policía, tal vez la misma noche. El arreglo para su distribución se llevó á cabo en una reunión celebrada por cuatro de los principales conspiradores, que se sientan ahora en el banquillo de los acusados. *El que arrojó la bomba fué Rodolfo Schnanbelt*, cuñado de Miguel Schwab, y hay bastantes indicios para creer que Augusto Spies fué el que pegó fuego á la mecha.

»Lingg era el fabricante de bombas de los conspiradores, y el modelo que adoptó era semejante al de las bombas arrojadas al czar de Rusia: dos semiesferas unidas con roblones metálicos, con una extremidad saliente y la otra entrante. Un pedazo extraído del cuerpo del sastre Hahn, que fué herido la noche de la explosión, hace creer que la bomba era igual á las que fabricaba Lingg. La composición de la bomba constaba principalmente de estaño con mezcla de antimonio, hierro y zinc.

»Spies había hablado muchas veces de la superioridad de la bomba del czar á causa de su construcción y de su composición metálica, y poco tiempo antes de su detención, estuvo exhibiendo una en su casa, y se adelantaba enseñándola á los que fueron á verla, por cuyo motivo se la designaba en Chicago con el nombre de bomba de Spies.

»Dichas bombas eran fabricadas en la casa de un carpintero llamado Guillermo Seliger, que vivía en el número 442 de la calle de Sedgwinck. Seliger, en su nuevo interrogatorio, ha dado todos los pormenores relativos á la confección de esas bombas dedicadas á la policía, según decía Spies. Lingg vivía con Seliger, de modo que éste ha podido adquirir todos los datos necesarios acerca de los materiales que debían dar el triunfo á la revolución social que estuvo á punto de estallar en Chicago.

»Lingg iba á menudo por los bosques que rodean á la ciudad y hacía experimentos con las bombas, destrozando los árboles. En estos trabajos le ayudaban Seliger y otros dos hombres llamados Thielen y Hermann. Durante este trabajo, llevaban la cara tapada con pañuelos.

»Después de la explosión, varias bombas fueron halladas dentro de un baul de Lingg, en una habitación de la calle de Sigel, á donde se había refugiado después de la catástrofe. Lingg era el fabricante principal, ayudado de Huebner y de Mussenberg.

»Si Lingg fabricaba las bombas, era por medio de la Asociación Internacio-



nal que le proporcionaba el dinero, y todos los acusados pertenecen á dicha Asociación, así es que además de conocer lo que se tramaba, eran verdaderos cómplices y propagandistas.

»En Marzo de 1886 se le proporcionó á Lingg todo lo necesario para la elaboración de la dinamita, y se acordó por unanimidad entregarle el dinero que necesitase. Lingg fué también elegido por algunas secciones armadas de los grupos revolucionarios para comprar dinamita y hacer experimentos con ella. Huebner era librero del grupo del distrito del Norte, y el encargado de distribuir el libro de Most. Seliger fué también miembro del comité general que estaba al frente de todos los grupos.

»La víspera de la explosión, Lingg, Seliger y sus dos cómplices llevaron al núm. 58 de la avenida Clybowen un baul lleno de bombas de dinamita, á eso de las ocho. Lingg y Seliger habían trabajado asiduamente todo el día llenando las bombas con dinamita. Algunos hombres fueron allí á recoger bombas que guardaron en sus bolsillos. El meeting de Haymarket, anunciado para las siete y media, empezó á las nueve, esto es, una hora después que Lingg llevó las bombas á la avenida Clybowen.

»El día escogido por los conspiradores para empezar la revolución era el 1.º de Mayo; pero circunstancias especiales hicieron que lo retardaran tres días. El día 2 tuvo lugar en la calle de Emma una reunión secreta á la que asistieron Jorge Engel y Adolfo Fischer.

»Engel propuso un plan que tenía por objeto provocar un conflicto entre la policía y los trabajadores del grupo del Noroeste, los cuales debían arrojar bombas, mientras que los trabajadores alemanes armados de rifles ocuparían algunos puntos de la ciudad. Este informe ha sido emitido por el testigo Waller, que estaba enterado del asunto.

»El lunes por la noche tuvo lugar una reunión en Griefs Hall: el plan de Engel fué aprobado. En esta reunión fué redactada la famosa circular revolucionaria de Spies, llamando á los trabajadores á las armas; dicha circular fué impresa en inglés y en alemán, y profusamente repartida con objeto de exaltar los ánimos. Spies fué el principal orador del meeting de Mac Cornick, pero no asistió á la refriega por miedo.

»Por indicación de Fischer la palabra alemana «Ruhe» debía ser la señal de la sublevación. En cuanto el *Arbeiter Zeitung*, órgano de los anarquistas, publicase dicha palabra, la revolución debía empezar al instante, y estar dispuestas las secciones armadas de los diferentes grupos, provistas las unas de rifles y de bombas explosivas las otras.

»El meeting de Haymarket fué organizado en la reunión del lunes. Fischer, redactor del *Arbeiter Zeitung*, y por lo tanto empleado de Spies, se encargó de fijar hora y sitio. La palabra «Ruhe» debía ser publicada el martes. Schnanbelt, el que arrojó la bomba, propuso en aquella reunión comunicar el plan á los compañeros de las demás ciudades, para hacer la revolución general.

»Las declaraciones de Waller y de Seliger prueban que había la seguridad de empezar los desórdenes en Haymarket. No se podía haber escogido mejor posición estratégica. La calle es accidentada y oscura, de modo que las turbas tenían gran ventaja sobre la policía. Si ésta no hubiera recibido un pronto refuerzo inmediatamente después de la explosión, ni uno solo se hubiera librado de la muerte.

»Un testigo llamado Gilmer ha declarado haber visto á Spies (1) encender la mecha de la bomba, y á Schnanbelt en el acto de arrojarla sobre la policía.

»El testigo Thompson declara haber visto á Schwab y Spies sostener una animada conversación en el paseo de Cranc, poco antes de la ocurrencia. Dice que oyó las palabras «policía» y «pistolas» y que Schwab le dijo á Spies. «Si ahora vienen, se los daremos.» Al cabo de un rato, encontraron á Schnanbelt, y Spies le entregó algo que Schwab había puesto antes en un bolsillo. Entonces volvieron á la reunión y se sentaron en el sitio de los oradores, al lado de Parsons y de Fielden.

»Schwab era del grupo del Norte al que pertenecían Lingg y Seliger.

»Parsons, Fielden, Spies y los demás acusados están en relaciones con el

(1) Notemos que para poder llamar cobarde á Spies, el acusador sostiene, en un párrafo anterior, que no asistió por miedo, á la refriega; pero para hacerle condenar á muerte, le acusa ahora, no sólo de haber asistido, sino de haber encendido la mecha. ¡Qué justicia! ¡Qué buena fe!



comité revolucionario que tiene por objeto la reorganización de la sociedad. Todos ellos, en los meetings, aconsejan el uso de la dinamita contra la policía, á la que llaman *bandidos organizados por la ley*.

»La Asociación Internacional de los Trabajadores pretende que el actual sistema bajo el cual la propiedad es acaparada, debe desaparecer y ser reemplazada por la propiedad colectiva. La Asociación ha organizado á los trabajadores y les ha hecho practicar el manejo de las armas para fines revolucionarios. En Marzo de 1885 existían ya ochenta grupos en la Unión, siendo muy numerosos los de las poblaciones industriales.

«En Chicago existen varios de estos grupos: el del Norte, el del Noroeste, el Americano, el de Marx, el de Freiheit, el del Sudoeste y el de Jefferson, Schwab, Neebe y Lingg pertenecían al del Norte, Engel y Fischer, al del Noroeste, y Spies, Parsons y Fielden, al Americano. Además de las secciones armadas, existe un ejército organizado, llamando Wehr-Verein, cuyos miembros han pertenecido á los grupos, pero tienen en la actualidad una misión exclusivamente guerrera y revolucionaria. Este ejército cuenta con más de mil hombres, armados de rifles y conocidos por números en vez de nombres. Hacen ejercicios militares todos los sábados, y están en relación constante con sus hermanos de los grupos, con cuyos principios están completamente conformes. Su objeto principal es llevar á cabo la revolución social, y con ella la destrucción de la propiedad privada. Sus principales organizadores son: Spies, Schwab, Engel, Lingg, Fielden, Parsons, Fischer y Neebe.

»Los artículos de *The Alarm*, del *Arbeiter Zeitung* y del *Anarchist*, así como los discursos de Schwab, Spies, Parsons, Fielden y Engel, prueban que la revolución y la matanza son el fin que persiguen. Dichos artículos y discursos tienen un carácter marcadamente incendiario y tienden á avivar el odio de los trabajadores contra la policía, el Estado y las clases pudientes.

»Pocos días después de los sucesos de Haymarket, una manifestación de ocho mil socialistas probó cuán grande es el mal que han hecho esos propagandistas, y cuán abundante la semilla que han sembrado. Al día siguiente de la explosión, un cajón de dinamita y una caja de fulminante fueron hallados en las oficinas de Spies.

»Spies y otros miembros de la organización tenían costumbre de ausentarse durante el verano para hacer experimentos con sus bombas.

»En Enero de 1886 dijo Spies que contaba con algunos hombres tan fuertes, que podían arrojar bombas de 150 libras de peso, y añadió que dichas bombas serían empleadas en el primer conflicto con la policía.»

Como se ve, el fiscal demostró que los acusados eran anarquistas activos y convencidos, pero no probó su culpabilidad *directa* en ningún crimen. Sin embargo, terminó su acusación, pidiendo que se declarara firme la sentencia dictada en primera instancia, condenando á Neebe á 15 años de presidio, y á los demás á la horca.

Al jurado le faltó tiempo para acceder á la petición fiscal.

Las defensas de los abogados señores Salomón, Black, Pryor y Tucker, aunque notables en la forma, carecen de importancia, por una razón fácil de comprender. A los acusados no se les probó que hubieran cometido crimen alguno: luego poco había de costar á los defensores demostrar que la petición fiscal era, además de injusta, ridícula.

La acusación insistía principalmente en las ideas que profesaban los acusados, y en este punto nada podían hacer los defensores, ya que los mismos acusados no renegaban de sus ideas, sino que se mostraban orgullosos de ellas.

#### IV

Los documentos de verdadero interés son, pues, las defensas de los mismos acusados, así como una carta dirigida por Kropotkin al *New-York Herald*, y que viene á ser una verdadera defensa, concisa pero notable. Hé aquí los principales párrafos de tan notable documento:

«Señor editor del *New-York Herald*: La sentencia de Chicago indica que el conflicto está tomando en América una proporción más aguda y un giro más brutal que el que llegó á tomar jamás en Europa. Las primeras páginas de esta historia empiezan con un acto de represalias del peor género. Una buena dosis de venganza, pero ningún hecho concreto, hé aquí lo que resulta de la sentencia de Chicago.



»He leído con atención los datos de la causa; he pesado con detenimiento los indicios y la evidencia, y no titubeo en asegurar que una sentencia semejante sólo puede hallarse en Europa después de las represalias llevadas á cabo por los consejos de guerra á raíz de la derrota de la *Commune* de París en 1871; el terror blanco de la restauración borbónica de 1815 queda muy atrás.

»Estoy completamente conforme con las misivas dirigidas al embajador americano por el municipio de París y el Consejo general del Sena, referentes á los anarquistas sentenciados. Pero el tribunal de Chicago no tiene la excusa que tenían los consejos de guerra de Versalles, á saber, la excitación de las pasiones producida por una guerra civil después de una gran derrota nacional.

»Es evidente, por de pronto, que ninguno de los siete acusados ha arrojado bomba alguna. Está por demás probado que algunos de ellos no asistieron al meeting de Haymarket, y que otros ya se habían marchado antes de la furiosa carga dada por la policía. Hay más aún: el fiscal de la nación no sostiene que la bomba fuera arrojada por alguno de los siete acusados; pues acusa de este hecho á otra persona que no se halla bajo la acción de la justicia.

»Sólo Spies se ve acusado de haber entregado una mecha para pegar fuego á la bomba, pero el único hombre que da testimonio de ello es un tal Gilmer, cuya mala reputación es bien conocida y cuya costumbre de mentir ha sido afirmada por diez personas que habían vivido con él. Además el mismo Gilmer declara haber recibido dinero de la policía.

»Después de los sucesos de Haymarket, los cuerpos colegisladores del Illinois promulgaron una ley contra los dinamiteros, y están ahora á punto de promulgar otra ley contra toda clase de conspiradores. Según esta última ley, cualquier acto ilegal, aunque se haga con fines legales, será considerado como criminal. Acaba, pues, de ser destruído uno de los principales artículos de la Constitución. Según reza la futura ley, cualquier incidente que dé por resultado un acto ilegal, será también considerado como criminal.

»No hace falta probar que la persona que comete un acto ilegal puede haber leído artículos ó escuchado discursos que aconsejaban cometerlo, y ahora todos esos artículos y discursos serán responsables de dicho acto. Queda, por lo tanto, suprimida la libertad de hablar y de escribir. Del mismo modo, la ley francesa reconoce una relación directa entre la excitación por medio de la palabra ó de la pluma, y el acto cometido.

»La nueva ley del Illinois me interesa poco en sí, y sólo deseo que conste lo siguiente: Siete anarquistas de Chicago han sido condenados á muerte, *gracias á un simulacro de ley que aún no era ley en 1886, cuando se cometieron los hechos de que se les acusa*. La ley fué propuesta para ser usada en el juicio de Chicago, y su primera aplicación tendrá por único objeto matar á siete anarquistas.—Soy de V. affmo.—P. КРОПОТКИН.

»Harrow, 27 Octubre 1887.»

Al Estado federado de la República de los Estados-Unidos quedaba, pues, reservada la vergüenza de destruir el siguiente principio jurídico universalmente admitido: «Ninguna ley tiene efecto retroactivo.»

La República que se ofrece como modelo á los trabajadores europeos para que secunden los planes políticos de la burguesía, ha ido más lejos que ningún tirano del mundo, ya que á nadie se le había ocurrido el infame pensamiento de condenar en virtud de una ley promulgada después de cometido el acto que se considera penable.

Hé aquí las defensas de los heroicos acusados:

**Augusto Spies.**—«Al usar de la palabra, lo hago como representante de una clase enfrente de otra clase enemiga; y como decía aquel personaje veneciano, «mi defensa es vuestra acusación, mis pretendidos crímenes son vuestra historia.» Se me acusa de complicidad de un asesinato, se me condena por esta acusación, y el Gobierno, en la imposibilidad de encontrar pruebas contra mí, no puede ni aún decir si conozco al hombre que ha lanzado la bomba. Si no cree —y no puede creerlo,—las deposiciones contradictorias de los testigos Thomson y Gilmer, instrumentos de Grinnel y de Bonfield; si no existe un hecho que pruebe mi participación ó mi responsabilidad en el asunto de la bomba, el veredicto y su ejecución no son más que un crimen maquiavélicamente combinado y fríamente ejecutado.

»Este crimen sólo tiene semejanza con los que refieren los anales de las persecuciones religiosas en la Edad Media. Entonces se cometían muchos ase-



sinatos jurídicos contra los cuales la conciencia pública de nuestra época se levanta indignada y con razón; pero aquellos crímenes tenían por excusa la fe en la culpabilidad de las víctimas. Los defensores de la única civilización existente y posible en aquella época, suponían que los dogmas religiosos servían de base al edificio social y creían que la sangre así derramada era necesaria á la *civilización*; pero esta excusa no puede invocarse por los representantes de un gobierno que ha fabricado las pruebas,—sí, eso es,—que han hecho posible nuestra sentencia. Estos representantes han elegido cuidadosamente el jurado que ha pronunciado el veredicto de nuestra culpabilidad. Yo acuso al abogado general y á Bonfield de la conspiración infame para que se realicen los asesinatos. Al efecto, voy á referir un incidente que arrojará bastante luz sobre los hechos:

»La tarde de las reuniones de Haymarket me encontraba, á eso de las cinco, con un tal Kirchner, que no se separó de mí sino algunos segundos antes de la explosión de la bomba, en el momento en que yo bajaba de un coche. Se sabe que esta tarde no vi á Schwab, lo cual hace imposible la conversación pretendida por Thomson, y mucho menos que yo pudiera encender ni la cerilla ni la mecha de la bomba. Por lo demás, Kirchner no es socialista ni anarquista; ¿por qué no se ha interrogado á un testigo tan importante? Sencillamente porque Garry y Bonfield le han hecho desaparecer de la ciudad, puesto que sabían que su declaración podría desenmascarar á Thomson y Gilmer como falsos testigos y perjuros.

»Desde hace bastante tiempo resido en esta y soy tan buen ciudadano como Gilmer. Este ha invocado el patriotismo del jurado, y yo voy á responderle con las palabras de un diplomático inglés: «*¡El patriotismo es el último refugio de un infame!*»

»El salario,—continúa Spies,—es el origen de todas las injusticias sociales, injusticias tan enormes que indefectiblemente producirán la Revolución. Grinnel ha declarado que es la Anarquía la que se trae ante los jueces. Pues bien; la Anarquía es una filosofía, un estudio del mundo y de la sociedad; si es eso lo que se trata de juzgar, yo lo digo con orgullo: «Soy anarquista.»

»En lo que respecta á mí, podéis ejecutar vuestro veredicto; pero sabed que ocho condenados á muerte en el Estado de Illinois, en 1886, no han perdido su creencia en el porvenir de la humanidad. Es la cuestión de siempre, la vieja cuestión. Recorred la historia de Grecia y Roma, y en ella encontraréis las mismas luchas de los parias contra los privilegiados, de los pobres y los oprimidos contra los ricos sus explotadores. La justicia cumple fines más altos que vuestras pequeñas miras. Ahorcadnos, pues, que no podréis evitar los infernales espectros del remordimiento. ¡Ah! Si la decisión de este tribunal es la aplicación de la ley, entonces no hay un hombre en este país á quien no se pueda ahorcar legalmente. Todo el que emita una opinión ó dé su parecer personal respecto de cualquier cuestión, está expuesto á ser acusado de conspirador y de asesino.

»Ejecutad vuestra decisión, haceos responsables de la sangre vertida, que caerá gota á gota sobre vuestras cabezas. «Ha muerto cierto número de agentes, y vosotros reclamáis un número igual de hombres.»

»Si es en consecuencia de tales principios por lo que nosotros seremos ejecutados, decidlo con franqueza, á fin de que el mundo sepa lo que son la libertad y la justicia en este país llamado civilizado y tan cristiano, donde los Fay Gould y los Vanderbilt se presentan como fautores y salvadores de las leyes. Grinnel ha calificado á este país de adelantado, aunque no permite la existencia de partidos avanzados; pues bien, acordaos de esto: Si creéis aniquilar el movimiento proletario con vuestro veredicto, es que no tenéis idea alguna de su grandeza, única esperanza de los miserables, de los esclavos del capital.

»Creéis apagar algunas chispas y no haréis más que atizar el fuego subterráneo en que mina el suelo bajo los piés de la burguesía, sin que podáis daros cuenta de cuándo ni en dónde estallará el volcán. Queréis destruir las conspiraciones y obráis como el niño que busca su imagen detrás del espejo.

»Lo que veis en nuestro movimiento, lo que os asusta sólo es el reflejo de vuestra miserable conciencia. Para destruir las conspiraciones y los agitadores es necesario aniquilar á todos los patronos, que amasan sus fortunas agotando las fuerzas aniquilando la vida de sus obreros, de sus esclavos; es menester acabar con todos los lores, que sacan sus inmensas riquezas de las privaciones



sufridas por sus colonos; en fin, hay que extirpar esa minoría de hombres que se apropian todos los medios de trabajo, sacrificando á su codicia la vida de pobres niños, mientras que los hombres carecen de pan.

»Ahora bien; aplastadnos como os agrade, sacrificadnos á vuestro gusto, nosotros gritaremos siempre: ¡Adelante! Os declararéis enemigos del socialismo, denunciándole como un crimen ante vuestros jurados llenos de preocupaciones; sea en buen hora; pero nosotros podemos probar que el capitalismo es la aplicación de una teoría económica que enseña como una clase de hombres puede vivir á expensas de otra, en tanto que el socialismo que queréis condenar demuestra como las riquezas son patrimonio común de la humanidad, y por tanto aseguran la existencia de todos los seres humanos, con la sola condición de que cada uno aporte su esfuerzo individual.

»Enseña más que eso, puesto que prueba por modo irrefutable que las máquinas que economizan el gasto de fuerzas y centuplican el producto del trabajo, así como todos los tesoros de la Naturaleza, minas, bosques, ríos y mares, con todas sus riquezas, son de la exclusiva propiedad de la humanidad, y nadie, sin irritante violación del derecho, puede privar á otro de la parte que le corresponde en el disfrute de estos goces.

»El pueblo llegará á comprender esto y reclamará sus derechos, aun cuando erijáis horcas en todas las esquinas de las calles. Vais á ahorcarnos por habernos atrevido á deciros la verdad; pues bien, moriremos orgullosos; os despreciamos. El número de los que nos han precedido en este camino es inmenso; estamos dispuestos á seguirles, y sabemos positivamente que detrás de nosotros vendrá un gran número de valientes revolucionarios, que, á su vez, os despreciarán también.»

Spies, interrumpido sin cesar por el juez; hablaba con fervoroso entusiasmo; las interrupciones de este hombre de justicia, lejos de amilanarle, volvíanle cada vez más enérgico y elocuente.

A los que asistieron á aquel acto, difícilmente podrá borrarles de la memoria la entereza de ánimo y la facilidad de expresión de aquel convencido anarquista.

**Miguel Schwab.**—«Hablaré poco, y seguramente no despegaría mis labios, si mi silencio no pudiera interpretarse como un cobarde asentimiento á la comedia que acaba de desarrollarse.

»Como obrero que soy he vivido entre los míos; he dormido en sus buardillas y en sus cuevas; he visto prostituirse la virtud á fuerza de privaciones y de miseria, y morir de hambre hombres robustos por falta de trabajo. Pero esto lo había conocido en Europa, y abrigaba la ilusión de que en la tierra de la libertad,—según la motejan,—no presenciaria estos tristes cuadros. Sin embargo, apenas puse aquí el pié, tuve ocasión de convencerme de que sucede lo mismo respecto al obrero, si no peor, que en los demás países. En efecto, tended la vista en vuestro derredor, y encontraréis que sólo en Chicago hay más miseria que en todas las naciones del viejo mundo reunidas. De ahí, pues, la razón que haya aquí más socialistas nacionales que extranjeros, lo que oculta cuidadosamente la prensa burguesa, que acusa á éstos de traer la perturbación y el desorden.

»Antes de terminar, yo declaro estar dispuesto á morir por mis convicciones, puesto que esto puede ser útil á la propaganda.»

**Neebe.**—«Hasta hace algunos días, no sabía yo lo que eran la libertad y la ley en los Estados Unidos. El único fundamento de que se me acusa y persiga es que conozco á Schwab y Spies. Es cierto que he presidido la reunión de West-Street, á la cual asistí en compañía de los demás trabajadores de Chicago, que habían convocado aquella manifestación con objeto de protestar contra las injusticias de que son víctimas. Yo celebro mi sentencia, porque ella enseñará á los amigos del trabajador, á los oradores y agitadores, lo que es la ley en la republicana América y los peligros que corren.

»Sólo me resta añadir un ruego, y éste es: Que me dejéis participar de la suerte de mis compañeros: ¡ahorcadme con ellos! Mi familia se consolará con el tiempo, mientras que sabiendo estoy en presidio, no podrá jamás desechar el dolor en que la sume vuestro veredicto.»

Aquel rasgo de nobleza,—*ahorcadme con ellos*,—debió demostrar á los asesinos de los pieles rojas lo inútiles que son sus esfuerzos para aniquilar unas ideas que cuentan en su seno hombres del temple, energía y virilidad de Neebe.



Si los burgueses tuvieran sentimientos humanos, aquel arranque espartano, aquella sublime abnegación y sacrificio de sí mismo, hubieran herido sus fibras y demostrádoles concluyentemente que la causa del trabajador no se destruye con horcas, ni su rápido progreso se detiene un solo instante con veredictos indignos, dictados por influencias perversas.

**Fischer.**—«Sólo tengo que objetar contra mi sentencia que yo no he cometido el delito que se me imputa. No he negado haber sido uno de los organizadores de la reunión de Haymerket, pero respecto al asunto de la bomba, yo no tengo más noticias que el abogado general. Cuanto á las circulares.....»

Al llegar á este punto, el defensor Salomón le llama aparte para aconsejarle que no continúe en aquel tono.

Fischer le vuelve la espalda, y prosigue imperturbable:

«Sé muy bien lo que tengo que decir. No niego tampoco haber redactado la invitación en la que excitaba á los obreros á que se armasen. Para darles este consejo tenía poderosas razones. Queréis suponerme un asesino, y esto es una impostura: el único asesino, el verdadero asesino que hay aquí es el abogado general Grinnel, que ha introducido en este proceso testigos perjuros y á sueldo para hacer perecer siete hombres.

»Por lo demás, como un anarquista convencido prefiere sus ideas á su vida, yo os digo con el más profundo desprecio: *«Haced de mí un cadáver á vuestro gusto.»*

**Engel.**—«Siéndome imposible soportar una existencia apenada por toda suerte de desgracias, dejé mi país, Alemania, en 1872, creyendo encontrar en América la república tan preconizada en Europa. Llegado á Filadelfia, mi corazón latía de alegría al sólo pensamiento de que iba á vivir en un país libre. Pero todas estas ilusiones se disiparon bien pronto, viéndome obligado á confesar que en esta República modelo de burgueses, se cuentan por millones los proletarios excluidos del derecho á la existencia. Y esto no es una invención gratuita, sino un hecho real. Hay que decirlo alto, repetirlo en todos los tonos, para que los obreros que aún creen en las libertades y bienestar republicanos, se convenzan de que la burguesía es tan infame monárquica como republicana: en Chicago,—yo he sido testigo presencial,—¡infelices trabajadores se alimentan únicamente con los despojos que recogen en las basuras! ¡De esta suerte los desdichados consiguen prolongar por algunos días su miserable existencia!

»Maltrechas mis ilusiones, he tratado de investigar las causas que en todos los países mantienen esta miseria, colocando á la especie humana por debajo del animal más grosero. He comprado libros de todos los economistas, Henri George y otros autores, nacionales inclusive, y he llegado á creer como ellos, por un momento, en la posibilidad de cambiar el modo de ser de la sociedad por medio del sufragio universal inteligentemente practicado; mas bien pronto los hechos, pruebas las más fundamentales, me han demostrado, por modo que no deja lugar á dudas, que el obrero ni puede manifestar libremente sus opiniones ni es dueño de su voto. Inútil es, por lo tanto, que el partido socialista se esfuerce por elevar al poder hombres, por muy honrados que los crean, pues éstos, dado el estado social en que vivimos, sacrificarán sus principios á sus intereses personales. Por lo general los buenos jefes de este partido son gentes que sólo procuran adquirir fama y crearse una reputación; en una palabra, sobresalir sobre los demás.

»Comprendido esto, así como que únicamente la fuerza es la que puede emancipar á la clase obrera, abracé la causa de la Anarquía. Y esto es lógico. La fuerza es la que en todos los tiempos de la historia ha resuelto en definitiva todas las causas. ¿Tan flacos sois de memoria que no recordáis que la fuerza fué la que nos sustrajo á la tiranía inglesa? ¿No ha sido también necesario en estos últimos tiempos el empleo de la fuerza para abolir la esclavitud?

»Al primer hombre que emprendió la lucha contra esa ignominia que se llama esclavitud le ahorcaron, como mañana vais á ahorcarnos á nosotros. Desde hace mucho tiempo estoy convencido que los primeros que levanten su voz en favor de una idea, tendrán que morir por sus convicciones. Nuestra sociedad no existe aún y no llegará á formarse por elecciones ni decretos. Así, pues, como yo tengo la seguridad que la ejecución de vuestro veredicto ha de ser útil para la propaganda de nuestras ideas, *no puedo menos de aplaudir con toda mi alma vuestra sentencia.*»

**Fielden.**—«Este proceso, en todas sus partes, no es más que una comedia ridícula y un crimen fríamente combinado y preparado por el odio.



»Hoy el sol brilla para la humanidad; pero puesto que para nosotros no puede iluminar más dichosos días, me considero feliz al morir, sobre todo si mi muerte puede adelantar un sólo minuto la llegada del venturoso día en que aquél alumbrará mejor vida para los trabajadores.»

**Lingg.**—Tuvo que valerse de un intérprete, pues pronunció su discurso en alemán. Después de calificar su sentencia de infame asesinato, declaró que prefería la muerte á vivir bajo el yugo de leyes tan hipócritas. He aquí las últimas palabras de su valiente peroración:

«Os declaro franca y abiertamente que soy partidario de los procedimientos de fuerza. Recientemente declaré al capitán Schack que si nuestros enemigos empleaban contra nosotros el cañón, nosotros debíamos usar la dinamita contra ellos. Repito que soy enemigo declarado del orden actual y que lo he de combatir con todas mis fuerzas, mientras me quede un soplo de vida. Vuelvo á declarar, franca y abiertamente, que soy partidario de los medios violentos. Me ratifico en mis palabras de que hemos de oponer la dinamita al cañón. Ahora os burláis de mis palabras porque creéis que una vez cumplida la sentencia, ya nadie volverá á arrojar bombas explosivas. Pues dejadme aseguráros que yo voy contentísimo á la horca, porque tengo la completa seguridad de que centenares y millares de personas á quienes he propagado mi idea, se acordarán de mis palabras y harán bombas explosivas después de nuestra muerte. Con esta esperanza, sólo me queda deciros que os desprecio, desprecio vuestra organización, vuestras leyes, vuestro principio de autoridad. Matadme.»

**Parsons.**—El discurso de Parsons fué extensísimo. He aquí las principales ideas vertidas por el profundo pensador americano:

«La historia recuerda muchos hechos arbitrarios llevados á cabo por los gobernadores del pueblo, y á nombre del pueblo. Soy prisionero y me hallo á merced de las autoridades, pero protesto enérgicamente contra el hecho de haber sido encerrado en la cárcel como un criminal. En nombre del pueblo, cuya libertad se quiere destruir, en nombre de la paz y de la justicia, protesto contra el crimen judicial que se está llevando á cabo, hollando la libertad del suelo americano. Soy inocente y declaro que bajo ningún concepto aceptaré la conmutación de la pena que se me imponga. Si reclamo mi libertad inmediata lo hago fundado en mi derecho legal, constitucional é inalienable.

«La prensa burguesa, esa venenosa institución de las clases directoras, está sedienta de sangre de los trabajadores. Como lo ha dicho ya su representante, yo lo repito: debéis ahorcarme; desde luego podéis hacerlo, disponéis hoy de la fuerza; pero aunque realicéis este crimen, sois impotentes para ahogar la cuestión social. Nuestra muerte, en último término, dará por inmediato ó mediató resultado la caída de vuestro poder de bestias feroces. Si yo no puedo firmar todos los artículos de *La Alarma*, cosa que se me imputa como un crimen, me declaro responsable de todos en absoluto y muy particularmente de los que he escrito sobre la dinamita y el armamento. ¿Quién ha sido el primero que ha predicado el degüello? ¿No ha sido Tom Scott escribiendo respecto de los trabajadores: «Dadles la lógica de los fusiles?» ¿No ha sido *La Tribuna*, que aconsejaba se proporcionara á los obreros muertos de hambre pan relleno de «*estricnina*»? ¿No ha sido el *Times* (americano), que pedía que «á los trabajadores se les recibiese con granadas de mano?» ¿Cómo os extrañáis, pues, que, en uso de legítima defensa, nosotros recurramos á la dinamita, que la preferimos solamente por lo fácil que nos es su adquisición?

«Los explotadores dan á sus mercenarios fusiles Winchester-rifles, á 18 dólares uno; nosotros hemos buscado el medio de fabricar bombas de dinamita, que sólo nos cuestan á seis céntimos. Si nos condenáis porque la dinamita existe, perseguid los manes de los químicos que la han descubierto y ahorcad también á vuestros generales que la han recomendado como la mejor arma de guerra.

«Tengo que rectificar algunos conceptos emitidos recientemente por Mr. Powderly, quien sostiene que la Anarquía es la destrucción de la libertad civil y que ningún hombre honrado puede identificarse con una organización que tiene por objeto la destrucción de las vidas y haciendas.

«¿Con qué derecho define Mr. Powderly los fines que persigue la Anarquía, cuando él los desconoce por completo? Hago la más solemne protesta, en nombre de centenares de miles de americanos. En el espacio de diez años, he sido un activo propagandista y organizador. Soy un caballero del trabajo, desde



## Á LOS MÁRTIRES DE CHICAGO

SACRIFICADOS POR EL ODIO BURGUEÉS REPUBLICANO EL DÍA 11 DE NOVIEMBRE DE 1887

ACRHCIA

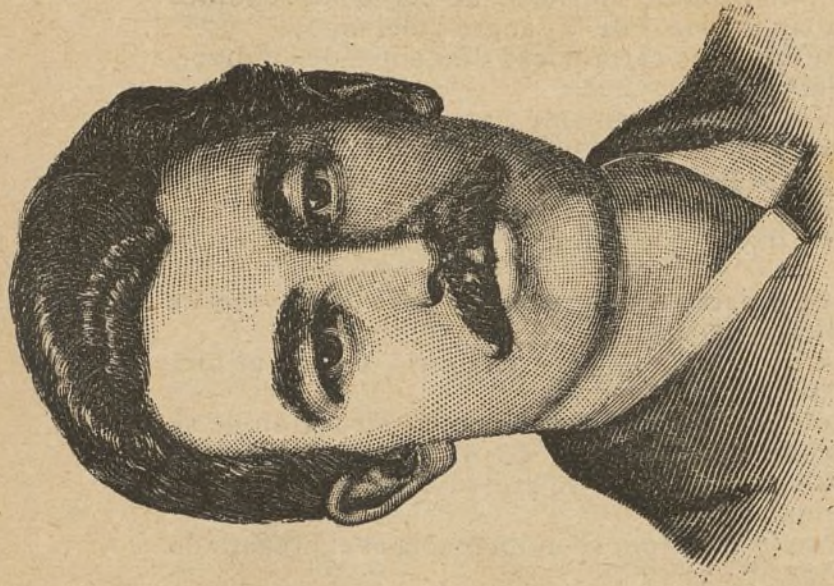
les dedica un recuerdo de admiración y aprecio



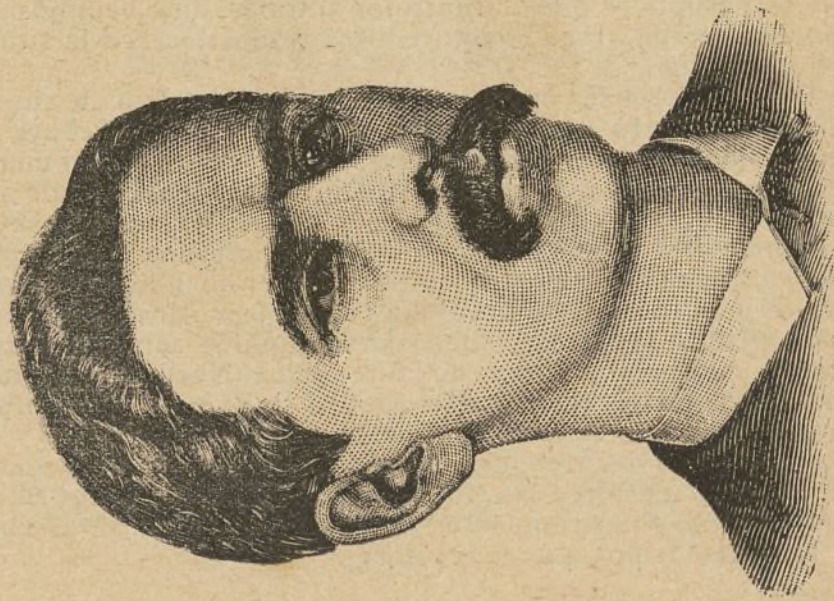
ALBERTO PARSONS



AUGUSTO SPIES



LUIS LINGG



ADOLFO FISCHER



JORGE ENGEL



Nueva-York en el Este, hasta San Luis y Kansas en el Oeste, y desde San Pablo en el Norte hasta Baltimore en el Sud, he organizado á más de 500,000 trabajadores. Pues bien, desafío á Mr. Powderly á que encuentre uno sólo de esos que le diga que la Anarquía sólo persigue la destrucción de las vidas y haciendas. El principio fundamental de la Anarquía es el mismo que el de los Caballeros del Trabajo, á saber la abolición del salario, y la sustitución del actual sistema industrial y autoritario por el sistema de la libre cooperación universal, única que puede resolver el conflicto que se prepara.

»La actual sociedad sólo vive por medio de la fuerza, y nosotros hemos aconsejado una revolución social de los trabajadores contra este sistema de fuerza. La Anarquía tiende, pues, á destruir el imperio de la fuerza y á establecer el reinado de la paz y la prosperidad.

»La libertad del trabajo es un mito cuando el trabajador sólo puede escoger entre un explotador proteccionista ó libre-cambista. El trabajador negro del Sud está tan mal como su hermano el trabajador blanco del Norte, pues sólo el dinero y las utilidades se imponen á la política y no se dejan imponer por ella. Los centenares de miles de trabajadores que me han oído saben ya muy bien á qué atenerse respecto de los falsos santones y de los procedimientos que á nada conducen.»

## VI

Hombres tan dignos tuvieron el inefable consuelo de ser comprendidos por los seres con quienes les ligaban los lazos de la sangre y del amor.

La madre de Lingg dirigió á su hijo una carta pocos días antes de su muerte que contenía las siguientes palabras:

«Yo también, como sabes, he luchado duramente para tener pan para tí, para tu hermana y para mí misma, y—tan cierto que como ahora existo—después de tu muerte estaré tan orgullosa de tí como lo he estado durante tu vida. Declaro que si yo fuese hombre, hubiera hecho lo mismo que tú.»

Y una tía de Lingg que no tiene hijos y que le amaba entrañablemente escribía también:

«Querido Luis, suceda lo que quiera,—aunque sea lo más malo,—no te muestres débil ante esos miserables.»

La esposa de Parsons pronunció estas sublimes palabras: «Si de mí depende que Alberto pida perdón, que lo ahorquen.»

Parsons ha empleado el tiempo en la cárcel, esperando la ejecución de su sentencia de muerte, en escribir un libro titulado *La Anarquía, su filosofía, sus bases científicas*. Este libro ha sido publicado ya por su esposa.

El epígrafe del libro es el siguiente:

«Cuando un pueblo se calla ante la opresión, su indiferencia es el preámbulo de su muerte.»

Las reseñas de la prensa obrera, á medida que se iba acercando el terrible día del asesinato jurídico, dan clara idea del curso de los acontecimientos.

De *El Obrero*, de la Habana:

«Los periódicos que durante los últimos días venimos recibiendo de la República vecina, traen conmovedoras reseñas acerca la situación de los mártires de Chicago.

»Pocas esperanzas hay que tener en la salvación de sus vidas. Los héroes de la tiranía tienen en ellos fija su mirada de buitres y el ave negra de la explotación cuida con gesto huraño de que no se le escape ni una sola de las víctimas; anhela saciar sus pérfidos instintos en los cuerpos indefensos de los hombres que, después de dar gloria á una patria, nombre á una familia y oro á los ambiciosos, obtienen como única recompensa á tanta miseria y sacrificio tanto, un pedazo de cuerda con que poder abandonar este mundo miserable.

»Los nombres de los que el día 11 han de morir á manos de los que debieran haber sufrido ya esa pena, quedarán esculpidos con caracteres de sangre en la historia, para baldón eterno de la República Norte-americana.

»De nada os han de servir las páginas de vuestra historia, si habrá una capaz de ennegrecer con su sombra todas las demás.

»¿Qué vais á decir de libertades? ¿Qué de ciencias? ¿Qué de humanidad? En vano será que ensalcen las glorias de vuestros gobiernos. La decantada libertad del pueblo americano será un mito, puesto que ahí estarán siete ciudadanos sacrificados por querer ser libres.



»La justicia y la moral no existen en los Estados-Unidos. Todo se rinde al peso del dinero. Los burgueses han dicho que no ha de valer de nada la inocencia de los acusados y de seguro lograrán su muerte.

»Los que han comprado en tres millones de pesos al Ayuntamiento de la ciudad de Nueva-York, comprarán del mismo modo á los encargados de administrar justicia.

«¡Muerte afrentosa á los anarquistas!»

»¡Todo el que se niegue á ser explotado, al cadalso!»

»Esa es vuestra doctrina.

»La muerte de esos obreros no ha de retardar en nada el plazo en que tenáis que renunciar á la tiranía que durante tanto tiempo venís ejerciendo en provecho de vuestras bolsas y en desdoro de la civilización.»

Del *Labor Enquirer*.

«Descendieron á las profundidades de la miseria humana, presentando á la luz de la civilización del siglo XIX las terribles consecuencias de la inhumana conducta del hombre para el hombre.

»Recorrieron el camino trillado por los desheredados, y encontrándolo sembrado con los huesos de sus compañeros de trabajo—víctimas de la iniquidad—clamaron enérgica y amargamente contra el miserable sistema que producía tales resultados.

»Examinaron la bestia de la competencia industrial á la luz de la investigación científica, y viendo que era el sepulcro de la esperanza y de la felicidad humana, le declararon la guerra.

»Tendieron una mano amiga al errante prisionero de la miseria, procurando sacarlo de la oscura y larga noche del trabajo elevándole á un estado moral mejor.

»Guiados por el impulso de sus magnánimos corazones, pensaron en romper las cadenas del trabajador—ese pobre Sansón ciego—y arrojar del templo de la esperanza y del progreso al común enemigo.

»Y esta ha sido toda su culpa: por esto se les llama anarquistas; por esta razón se les ha sentenciado á muerte.»

De *El Productor*, de Barcelona.

«Dícese que entre los varios fundamentos que piensan invocar los abogados defensores para el intentado recurso de casación, figura el de ilegalidad en la constitución del jurado que dictó el veredicto de muerte; parece que el distrito de cuyo resorte dependían los acusados, entre una población de ciento treinta mil obreros residentes en el mismo, no llegaba á ciento el número de vecinos inscritos en las listas de elegibilidad para el jurado, con abierta infracción de la proporcionalidad que exige la ley entre el número de habitantes y el de elegibles que deben constar en la lista; con pretextos más ó menos plausibles el abogado del gobierno (*district attorney*) fué recusando uno tras otro los cien jurados, dejando, por tanto, completamente agotada la lista, en cuya consecuencia hubo de apelarse á la del otro distrito de la ciudad, distrito exclusivamente habitado por banqueros, comerciantes y manufactureros, que carecían de competencia para ejercer jurisdicción ante un juzgado que no correspondía á su distrito; pero de entre ellos á pesar de las protestas de la defensa, protestas que el Ministerio Fiscal pretendió acallar invocando la ley de la necesidad por haberse agotado la lista,—cual si los acusados pudiesen ser responsables de las defectuosidades de redacción de ésta,—de entre ellos, decimos, se constituyó definitivamente el jurado. De manera, que los siete acusados pudieron desde aquel momento comprender que su existencia dependía del fallo de doce individuos que, lejos de poder ser jueces, y aún prescindiendo de sus individuales condiciones para sólo atender á la indudable influencia que en ellos había de ejercer el espíritu de clase y la comunidad de intereses, venían á ser parte interesada en el juicio. Tal es, en breve extracto, la síntesis del fallo homicida, contra el cual se ha intentado en vano el postrer esfuerzo.»

De *Labor Enquirer*, de Denver:

«Si el Estado se atreve á matarme, yo me atrevo á morir.»

»Estas palabras corresponden al hombre honrado y valeroso, que hallándose fuera del alcance de los tribunales, después de la explosión de la bomba, se presentó en el mismo día en que se veía la causa de sus compañeros acusados de asesinato.



«Es indudable que Parsons podría estar hoy en libertad si hubiese sido de la madera de que están hechos la mayor parte de los hombres.

«Sintiendo en su corazón, deshonroso el abandonar á sus compañeros, volvió en un momento en que casi toda la ciudad de Chicago pedía la sangre de los «anarquistas.» Se entregó en poder de un tribunal del cual bien sabía no debía esperar misericordia, ni menos justicia, para un defensor del proletariado.

«Alberto Parsons pasará á la historia como uno de los hombres más heroicos que jamás se han sacrificado en el altar de la Libertad Humana.»

Algunos periódicos americanos apuntaron la idea de que entre los mártires de Chicago reinaba el desaliento y que, como consecuencia natural, se hallaban arrepentidos de su *crimen*.

Las siguientes cartas, muestra elocuente de profundas convicciones y de una energía superior con mucho á las flaquezas humanas, es el mentís más solemne que puede darse á esa prensa venal é hipócrita, que, falta de toda noción de humanidad, ha aplaudido ahora la ejecución y antes quiso, apuntando la idea del arrepentimiento, demostrar no tan sólo cobardía, sino la confesión de crímenes que no existieron sino en la mente de un jurado prevaricador.

«Hoy también muchos creen que el inmenso descontento de los trabajadores ha sido provocado por algunos malditos revolucionarios. Los que así habláis, ¿no sabéis leer los signos del tiempo? ¿No veis cómo se amontonan las nubes en el horizonte social? ¿No sabéis que la dirección de la industria y de los medios de cambio se concentra cada vez en menor número de manos? Que los pequeños capitalistas son devorados por los grandes? Que los «créditos,» bancos y asociaciones análogas sólo se fundan para generalizar y sistematizar la explotación de los trabajadores? Que según el régimen actual, á consecuencia del maquinismo cada vez queda mayor número de obreros sin trabajo? Que en algunas partes de esta inmensa república la mayoría de los agricultores se ve obligada á hipotecar sus tierras para satisfacer la sed de ganancias de las potentes sociedades? En una palabra, que los ricos se hacen cada vez más ricos y los pobres se empobrecen hasta lo sumo? — O ignoráis que todos esos males tienen su raíz en las actuales instituciones sociales que permiten á una parte del género humano fundar su felicidad sobre la de la otra parte, que permite á un hombre esclavizar á sus semejantes?

«En lugar de buscar remedio á esos males é ilustrarse sobre las verdaderas causas del creciente descontento, la clase directiva,—valiéndose de la prensa y de la tribuna,—calumnia el carácter, las ideas y los proyectos de los reformadores sociales, emplea el rompe-cabezas y los envía á la cárcel y al cadalso cuando la ocasión se presenta. ¿Daré eso gran resultado? Recuerdo á este propósito las palabras con que Franklin terminaba su folleto titulado *Receta para hacer pequeño un Estado grande*, dedicado al gobierno inglés en 1776. «Creéis, decía, que todas las quejas son inventadas por algunos demagogos mal avenidos con el orden, creéis que con prenderlos y ahorcarlos se tranquilizará todo. ¡Nada de eso! Prended y ahorcad los agitadores y la sangre de los mártires hará maravillas para la obtención de su objeto, para la aceleración de vuestra caída.»

«Yo también digo á la clase dominante: ¡ahorca á los hombres de progreso que sin ambición personal han servido á la causa del trabajo y de la humanidad, pero su sangre hará maravillas para la destrucción de la sociedad actual, porque apresurará el advenimiento de un nuevo periodo de civilización!

» *Magna est veritas et prævalebit.*

«Grande es la verdad y la verdad prevalecerá.» — ADOLFO FISCHER.

«Amigos y compañeros: los esfuerzos hechos por nuestros amigos y compañeros en general, y en particular por la sociedad de defensa para apelar al Tribunal Supremo de los Estados Unidos, me imponen el deber de declarar explícitamente mi firme propósito de abandonar todo lo que sea pedir justicia á las autoridades.

«Amigos y compañeros, no seré yo quien crea que se necesita una nueva afirmación del Tribunal Supremo de los Estados Unidos, representación modelo de inmoralidad capitalista y de tiranía judicial, para hacer abrir los ojos al pueblo americano á fin de que vea la clase de justicia que puede esperarse de los bandidos judiciales. Si alguno se figura que yo espero que el pueblo ameri-



cano se levante el día fijado para mi asesinato jurídico, que deseche desde luego semejante ilusión. Tengo, pues, necesidad de combatir la errónea idea, dominante en algunos círculos mal informados, de que nuestros compañeros de Chicago tienen el deber de conseguir nuestra libertad por la fuerza. Esto es un verdadero error, pues para obtener el triunfo sería necesario que el movimiento fuera general, y esto no es posible hacerlo cuando se quiere, razón por la cual sería injusto acusar por ello de falta de actividad ó sobra de cobardía á nuestros compañeros.

Tengo el profundo convencimiento, que el sacrificio de mi vida ó el de los de todos nosotros, efectuado en el momento presente, ha de ayudar más al derribamiento del sistema capitalista que una condena temporal impuesta por el Tribunal Supremo.

»Algunos ignorantes ó perversos tal vez interpreten mi deseo de dar por terminada la lucha legal como un reconocimiento indirecto de culpabilidad y falta de fe y de esperanza.

»Compañeros: no es mi ánimo aconsejaros cuál ha de ser vuestra línea de conducta en los días de brutalidad legalizada que se aproximan. Sólo tengo esto que deciros: *Sed hombres*. Con un viva á la Anarquía, me despido de vosotros: vuestro hermano—LUIS LINGG.

«Querido amigo Most: Ya que no me quedan más que seis días de vida, quiero despedirme de tí. Ya sabrás por los periódicos que cuatro de nosotros han rehusado la gracia, es decir, la conmutación de la sentencia y piden la libertad ó la muerte. La libertad no nos será dada por los gobernantes, queda, pues, la muerte.

»Tú comprenderás, Juan, que el recuerdo de mi querida esposa y de mis tres hijitos me atormenta el corazón, pero...—¡lejos de mí, tentación! La revolución social tiene necesidad de fuerzas para hacerla marchar: nuestra noble causa, la Anarquía, tiene necesidad de mártires. ¡Sea, pues! Me siento feliz por dar mi vida á nuestra noble causa.

»Cuando los pobres jóvenes aldeanos, respondiendo al llamamiento de reyes y emperadores se presentan voluntariamente á sacrificar su vida sobre el altar de la tiranía por la gracia de Dios,—¿no deben también los combatientes de la libertad verdadera, por la Anarquía, dar su vida por el triunfo de nuestros nobles y grandes principios?

»¿Debemos mostrarnos como indolentes que sólo profesan un principio en tanto que lo pueden hacer sin arrostrar la menor molestia? ¡Jamás! Debemos mostrar á nuestros adversarios que los anarquistas saben morir por sus principios, y yo, que he sido fiel á ellos, lo seré hasta la muerte. Te dirijo mi último saludo.

»Sé fiel á nuestra causa como lo has sido siempre, y lleva alta nuestra bandera, siempre adelante, cualesquiera que sean las tempestades que surjan y que dificulten la tarea.

»Deseo que vivas hasta los días del gran combate. ¡Yo también hubiera deseado caer en ese combate á la sombra de nuestra bandera roja! ¡No ha podido ser! ¡Estaba yo decidido á morir como simple soldado!

»¡Viva la Revolución Social!

»¡Viva la Anarquía!

»Te abraza fraternalmente tu compañero.—*Adolfo Fischer*.

»P. S. Salud á los compañeros y amigos. Cuida de que mi familia no perezca en la miseria y de que mis hijos reciban educación—TU ADOLFO.»

«Chicago, Noviembre 3 de 1887.

»Al gobernador del Estado de Illinois.—Señor: Para que la verdad sea conocida por V. y por el público representado en su persona, nosotros deseamos declarar que nunca hemos abogado por el empleo de la fuerza, sino cuando sea indispensable para la defensa propia.

»Por tanto, acusarnos de haber intentado derribar el gobierno y las leyes el día 4 de Mayo de 1886, es falso y absurdo.

»Todo lo que hemos dicho y hecho ha sido público y jamás hemos conspirado ni promovido motines para cometer actos fuera de la ley.

»Sin embargo de no estar conformes con el presente estado social, en nuestros discursos y en nuestros artículos jamás nos hemos salido de la ley, y sólo



se han concretado nuestras manifestaciones á poner de relieve las iniquidades de que son víctimas los trabajadores.

»El 4 de Mayo, lejos de reunirnos para cometer algún crimen, lo hicimos para protestar contra los que por los agentes del gobierno se habían cometido.

»Nosotros creímos que era nuestro deber, como trabajadores y amantes de la libertad, oponernos al uso de la fuerza que atacaba sagrados derechos.

»Siempre hemos trabajado por elevar la dignidad humana y quitar todo aquello que dentro de la sociedad actual conduzca al crimen.

»Al proceder así, ningún interés personal nos guiaba y millares de trabajadores reconocen esta verdad.

»Estaremos errados en nuestras apreciaciones y tal vez amemos á la humanidad con poca inteligencia; pero la amamos.

»Si la propaganda de nuestras ideas ha llevado á los trabajadores el convencimiento de que sólo por la fuerza podrán conseguir reformas en la actual organización social, nosotros lo lamentamos; pero no es culpa nuestra: lo es de la sociedad que se muestra sorda á las justas quejas de los oprimidos.

»Nosotros lamentamos las pérdidas de vida de Haymarket, pero también lamentamos las de la fundición de Macornik, las de San Luis y las de York Yard de Chicago.

»Respetuosamente vuestro, AUGUSTO T. SPIES.—MIGUEL SCHWAB.—SAMUEL FIELDEN.»

»A M. R. J. Oglesby, gobernador.—Muy señor mio: Yo, George Engel, ciudadano de los Estados-Unidos y vecino de esta localidad, condenado á muerte, he sabido que miles de ciudadanos han acudido á vos en súplica de indulto y en demanda de conmutación de la pena impuesta por la prisión perpetua. Yo protesto contra ese acto de clemencia, fundándome en mi plena inocencia; un inocente no tiene que pedir perdón espontáneo, y como yo no aparezcó convicto ni confeso de haber cometido delito infamante, como no lo estoy del de asesinato ó robo, sino que he sido acusado y sentenciado por emitir una idea al amparo de la ley fundamental del Estado que garantiza el libérrimo ejercicio de todos los derechos civiles y políticos; yo, como hombre primero, y como ciudadano después, he hecho uso del derecho constitucional, para dar á conocer á mis conciudadanos la opinión que tengo formada acerca del organismo social moderno y los medios que creo prudente poner en práctica para transformar esa organización viciosa é injusta por otra que satisfaga las aspiraciones de los hombres de mi clase.

»Y como quiera que es un delito infundado é ilusorio el que se me imputa y los legisladores han prevaricado al interpretar la ley, y los jueces al imponer la pena, yo, en nombre de los fueros de la humanidad, protesto contra la petición de clemencia, porque mi conciencia, tranquila é inalterable, me dice que no la necesito.

»Recibid, señor, el testimonio de mi consideración.—GEORGE ENGEL.»

La carta del condenado Adolph Fischer, redactada en idénticos terminos que la de su compañero Engel, dice así en uno de sus párrafos:

«Ha llegado á mi noticia que una petición suscrita por un sin número de firmas os ha sido dirigida en demanda de que conmutéis la pena impuesta por la Corte criminal del Estado, por la de prisión perpetua. Yo agradezco á los firmantes esa espontánea muestra de simpatía hacia mí y los que conmigo han sido sentenciados; pero no aceptamos que se emplee la palabra perdón para quienes no se sienten en la necesidad de pedirlo. Si la exposición de los principios sociológicos constituye delito en estos avanzados tiempos, yo no puedo resignarme á creer semejante absurdo, aun cuando las leyes así lo preceptúen, porque mi razón y mi conciencia me dicen y aconsejan que no es delito, sino virtud, el propender á mejorar la vida material y social de los demás, siguiendo las inspiraciones de la naturaleza.»

El condenado Luis Lingg, tan entero y digno como sus compañeros, en otra carta análoga en el fondo y en la forma, se expresa en los siguientes términos:

«Enhorabuena que soliciten y merezcan perdón los asesinos y que la humanidad compasiva exhorte á los poderes para que sean filántropos; pero yo no me encuentro en este caso: yo soy un ciudadano libre en el seno de una nación libre también, y basado en este fundamental apoyo he propagado mis ideales,



exparciendo por doquiera los principios de mi causa. Si la ley se cumple, gloriosos nosotros, las víctimas, pues con el martirio enlazaremos la palma de la inocencia.»

Hé aquí las últimas cartas de los sentenciados que prueban que la idea anarquista alentó en ellos poderosa y enérgica hasta que la burguesía les arrancó el último suspiro:

«Cárcel de Cook County, 6 de Noviembre 1887.

»Querido compañero Lum: Me pediste ayer una carta para publicarla en *The Alarm*. Me parece que podrá interesarte una descripción de lo que he pasado y las consecuencias que deduzco.

»Hoy es sábado, día en que los *criminales* no nos vemos interrumpidos en nuestras celdas, buena razón para acortar el día levantándonos tarde. De modo que á las nueve de la mañana me hallaba aún sumido en los brazos de Morfeo, cuando de repente se abrió mi celda. Mientras me frotaba los ojos y estiraba los brazos para sacudir el sueño, me ví fuertemente sujetado por dos hombres «de ley,» que creyeron esta medida prudente, á pesar de mi proverbial *cobardía*, (según dijo Grinnell). En menos tiempo del que tardo en decirlo, me encontré fuera de mi celda, donde por fortuna no había señoras que pudieran fijarse en mi desnudez; por fin se me permitió vestirme y calzarme. Cerca de mí, contemplaba á mi bravo amigo Engel, á quien consideraban menos peligroso en vista de su reciente indisposición (1) y á quien preguntaban con benevolencia si quería dar un paseo por la cárcel. En aquel momento tuve ocasión de ver que nuestras celdas eran registradas bajo la dirección de un inspector. Nada encontraron, y nos trasladaron á otras celdas á eso de las once. Después les tocó el turno á nuestros compañeros Parsons y Fischer, y por fin á Spies, Schwab y Fielden.

»Mi celda está situada en un recodo, con puertas de hierro, y se halla guardada por unos carceleros que reciben los encargos que los amigos y parientes mandan á los presos.

»Los compañeros Fischer, Engel y Parsons tienen sus celdas en el mismo piso que yo. Spies, Schwab y Fielden ocupan las mismas celdas que antes. Ya ves, querido amigo, como todo está en disconformidad con lo que cuentan tus *apreciables* colegas de la prensa diaria capitalista.

»Gracias á la media luz de mi nueva celda, he podido leer un artículo del *Sunday Chatterings*, en que demuestra perfectamente que al ahorcarnos nada ganará la clase dominante. Deduce el articulista que una acción combinada de los condenados podría librarlos de la horca. Si esta acción combinada se refiere á una petición de indulto ó á otra humillación, crea el *Chattering* que ni yo ni mis compañeros estamos dispuestos á pasar por ella.

»El juez Mac-Allister ya ha declarado, y en eso está conforme con el *Chattering*, que á pesar de nuestra condena, la sociedad capitalista tendrá que luchar contra el incendio dentro de pocos años. ¿Y quién es el juez Mac-Allister? Un burgués de pura raza. ¿Necesito repetir que para lograr nuestras aspiraciones revolucionarias necesitamos, además de hablar y escribir, obrar con energía? Esto significaría una desconfianza en mis radicales ideas, ya sabéis de sobras que no podría obrar de otro modo, aunque quisiese.

»El desprecio que siento por el actual sistema de explotación y mi amor desinteresado por la verdadera libertad, me obligan á no pedir ni permitir que pidan por mí ninguna clase de clemencia. Por eso no he querido acceder á la petición de nuestro defensor, que me aconsejaba firmase una petición de indulto, junto con Parsons, Engel y Fischer. No pudiendo escapar á la muerte sin faltar á mis principios, ya comprenderás, querido amigo, que espero la muerte con calma y hasta con entusiasmo, pues considero cuán provechosa será á la causa de la Anarquía. Comprendo, y conmigo lo comprende todo verdadero anarquista, que nuestra causa es de aquellas que necesita que haya quien sacrifique su libertad y hasta su vida, si es preciso.

»Si he propagado la violencia es porque estoy cansado de que mis hermanos los trabajadores sean los únicos explotados, encarcelados y asesinados: la violencia ha de ser la señal de la próxima revolución.

(1) Se refiere al reciente envenenamiento de Engel, quien tomó una fuerte dosis de láudano para escapar á sus verdugos.



»La persistente agregación de capital bajo el actual sistema de producción no permite la elevación intelectual y económica del pueblo trabajador y tiende desgraciadamente á su degeneración. En realidad, el éxito de las persecuciones de los capitalistas contra los trabajadores, ha deslindado los intereses de clase, como lo prueban los acontecimientos de los dos últimos años. De todo ello deduzco que nuestros gobernantes tienen la intención de aniquilarnos. Si he protestado contra la sentencia, es porque mucha gente, bajo el hipócrita pretexto de compadecernos, nos ha hecho responsables de las desgracias ocasionadas por la bomba explosiva, desgracias que no estaba en nuestra mano evitar. Dejad ahora que se ejecute la sentencia, que á cambio de este asesinato de los rehenes, vendrá al final el aniquilamiento de todos los tiranos.

»Ahora, querido compañero Lum, voy á cerrar esta carta, escrita con gran dificultad. Por el aspecto del manuscrito puedes juzgar de las comodidades de que dispongo. Si quieres publicarla, para que quede definida mi posición, es el último favor que te podré agradecer.

»Por fin, te ruego hagas extensivo á mis amigos y compañeros mis cariñosos recuerdos y mi último adiós. En la imposibilidad de volverte á ver, amado amigo, te mando con el corazón un apretado abrazo. Con un viva la Anarquía, se despide tu compañero — LUIS LINGG.»

«Cárcel de Chicago, 1.º de Noviembre de 1887.

»A. M. Oglesby, gobernador de Illinois. — He sabido que se circulan peticiones pidiéndoos la conmutación de la pena de muerte que el tribunal ha pronunciado contra mí. Ante esa demanda simpática de una parte de la población, declaro que se efectúa sin mi autorización. Como hombre de honor y de conciencia no puedo pedir gracia. No soy criminal y no puedo arrepentirme de lo que no he hecho.

»¿Pediría perdón por mis principios, por lo que creo justo y bello? ¡Jamás! No soy hipócrita y no puedo intentar que se me perdone ser anarquista; al contrario, la experiencia de los diez y ocho últimos meses ha afirmado mis convicciones. Se me pregunta si soy responsable de la muerte de los agentes de policía muertos en Haymarket; no responderé á esta pregunta mientras no declaréis que cada abolicionista era responsable de los actos de John Brown. No puedo pedir gracia, ni recibirla, sin perder el derecho á mi propia consideración. Si no puedo obtener justicia, si no puedo ser devuelto á mi familia, prefiero que la sentencia se ejecute.

»Todo el que esté un poco al corriente de los acontecimientos debe reconocer que esa sentencia ha sido inspirada en el odio de clase, en la excitación de la opinión pública por una prensa perversa, en el deseo que anima á la clase dominante de detener el movimiento socialista. Los partidos interesados niegan esto, y sin embargo ne es más que la pura verdad, y estoy persuadido que las generaciones venideras juzgarán nuestro proceso, nuestra sentencia y nuestra ejecución del mismo modo que hoy juzgamos las crueldades de los siglos pasados: la intolerancia y la preocupación pretendiendo sofocar las ideas de libertad.

»La historia se repite. En todo tiempo los poderosos han creído que las ideas de progreso se abandonarían con la supresión de algunos agitadores; hoy la burguesía cree detener el movimiento de las reivindicaciones proletarias por el sacrificio de algunos de sus defensores. Pero aunque los obstáculos que se opongan al progreso parezcan insuperables, siempre han sido vencidos y esta vez no será una excepción de la regla.

»En todas las épocas, cuando la situación del pueblo ha llegado á un punto tal que una gran parte se queja de las injusticias existentes, la clase poseedora responde que las censuras son infundadas, y atribuye el descontento á la influencia deletérea de agitadores ambiciosos. — ADOLFO FISCHER.»

«Amigos y compañeros: No seré yo quien crea que se necesita una nueva afirmación del Tribunal Supremo de los Estados-Unidos, representación modelo de inmoralidad capitalista y de tiranía judicial, para hacer abrir los ojos al pueblo americano á fin de que vea la clase de justicia que puede esperarse de los bandidos judiciales. Si alguno se figura que yo espero que el pueblo americano se levante el día fijado para mi asesinato jurídico, que deseche desde luego semejante ilusión. Tengo, pues, necesidad de combatir la errónea idea,



dominante en algunos círculos mal informados, de que nuestros compañeros de Chicago tienen el deber de conseguir nuestra libertad por la fuerza. Esto es un verdadero error, pues para obtener el triunfo sería necesario que el movimiento fuera general, y esto no es posible hacerlo cuando se quiere, razón por la cual sería injusto acusar por ello de falta de actividad ó sobra de cobardía á nuestros compañeros.

»Tengo el profundo convencimiento que el sacrificio de mi vida ó el de todos nosotros, efectuado en el momento presente, ha de ayudar más al derrumbamiento del sistema capitalista que una condena temporal impuesta por el Tribunal Supremo.

»Algunos ignorantes ó perversos tal vez interpreten mi deseo de dar por terminada la lucha legal como un reconocimiento indirecto de culpabilidad y falta de fe y de esperanza.

»Compañeros: no es mi ánimo aconsejaros cuál ha de ser vuestra línea de conducta en los días de brutalidad legalizada que se aproximan. Sólo tengo esto que deciros: *sed hombres*. Con un viva á la anarquía, me despido de vosotros: vuestro hermano — G. ENGEL (1).»

«Chicago 6 de Noviembre de 1887.

»Al gobernador Oglesby: El hecho de que dos de los acusados han solicitado el indulto y los otros no, creo que no debe influir en vuestra decisión definitiva. Algunos de mis amigos han solicitado la libertad completa. Encontraban que era tan grande la injusticia que se les hacía que no podían resolverse á pedir la conmutación de su pena por la inmediata, ya que se juzgaban inocentes. En cuanto á mí, no puedo pensar sin indignación en la posición en que se me ha colocado. Ténganse en cuenta los hechos que, basados en la mentira, la ficción y la calumnia ha divulgado la prensa con objeto de desacreditar á una gran parte del pueblo; estos hechos no los puede admitir un hombre honrado, imparcial y justo. Los condenados no han querido colocarse en una situación apurada, y la resolución definitiva queda á vuestra incondicional discreción.

»Os ruego que no os dejéis influir por la diferente manera de obrar que han tenido unos y otros acusados. Durante el juicio, se ha visto clara y palpablemente el deseo que tenían nuestros perseguidores de matarme á mí, sin necesidad de imponer á mis compañeros tan grave castigo. Todo el mundo tiene la convicción de que nuestros acusadores se hubieran contentado con una sola vida: pues que sea la mía. Grinnell lo ha dicho bien claro. No necesito protestar de mi inocencia. Dejo al juicio de la historia el cuidado de rehabilitarme. Pero á vos os pregunto: Si hay necesidad de sangre ¿no os basta la mía? El fiscal de Cook County no pide más. ¡Tomadla pues, tomad mi vida! La cedo gustoso con tal que quede satisfecha vuestra bárbara venganza, y que dejéis vivir á mis queridos compañeros. Ya sé que cada uno de éstos está tan dispuesto á morir como yo, y tal vez más. No es, pues, creyéndoles hacer un favor que hago este sacrificio de mi existencia; lo hago para bien de la humanidad, del progreso y del racional desarrollo de las fuerzas sociales que han de colocar al mundo á un nivel mucho más elevado y justo. En nombre de las tradiciones de esta nación os aconsejo que no autorizéis el asesinato de siete hombres cuyo único crimen consiste en la convicción de sus ideas y en sus trabajos que más que á ellos han de aprovechar á la futura generación. Y si el asesinato legal es necesario, contentaos con uno, y pueda mi sola sangre apagar vuestra sed. — A. SPIES.»

»Soy internacional: mi patriotismo va más allá de las fronteras que limitan á una nación; el mundo es mi patria, todos los hombres mis paisanos. Eso es lo que el emblema de la bandera roja significa; ella es el símbolo del trabajo libre, del trabajo emancipado.

»Los trabajadores no tienen patria: en todas partes se ven desheredados, y América no es una excepción de la regla.

»Los esclavos del salario son instrumentos que alquilan los ricos en todos los países; en todas partes son parias sociales sin patria ni hogar. Así como crean toda la riqueza, así también riñen todas las batallas, no en provecho propio, sino de sus amos.

(1) Esta carta, probablemente original de Lingg, la firmó también Engel. Esta es la razón porque aparece repetida con distinta firma.



»Esta degradación tendrá un término: en el porvenir, los trabajadores sólo pelearán en defensa propia, trabajando sólo para sí y no para otros.

»Todas las evidencias, dice, han demostrado no mi culpabilidad, sino mi inocencia; he sido convicto de anarquista, no de asesino; me presenté voluntariamente á los tribunales para ser juzgado con imparcialidad; el resultado ha sido un crimen jurídico.

»Los amantes de la justicia están interesados en que se conmute la sentencia por la de prisión perpetua; por esto les doy las gracias, pero soy inocente; soy sacrificado por aquellos que dicen: estos hombres pueden no ser culpables pero son anarquistas. Estoy dispuesto á morir por mis derechos y por los derechos de mis compañeros, pero rechazaré siempre con energía el ser condenado por falsas y no probadas acusaciones; así es que no puedo aceptar el esfuerzo que se hace para conmutar la sentencia de muerte en la de prisión perpetua.

»Tampoco apruebo ninguna otra apelación ante la ley, porque entre el capital, que es aquí el legal, y los tribunales, la decisión siempre ha de ser á gusto de los que poseen.

»Apelar á ellos sería la humillación del esclavo ante el amo que lo tiraniza.

»Nunca supe que yo era anarquista hasta que se me llevó á los tribunales: ellos me han convertido en anarquista. No pido clemencia; sólo quiero justicia.

»Terminaré repitiendo las palabras de Patrick Henry: «Dadme la libertad, ó dadme la muerte.—A. R. PARSONS.»

## VII

Lingg sabía que iba á morir. Se decidió, pues, á hacerse saltar con sus carceleros, antes que dejarse coger como un perro, por sus verdugos. En su celda tenía dos bombas; era redonda la una, y la otra un tubo para gas lleno de dinamita y cachos de hierro, con una cápsula en un extremo. Al menor choque, lanzaba la dinamita, envolviendo en una sola detonación á víctimas y verdugos.

Habíase hecho un registro minucioso en su celda y nada se pudo descubrir. El sábado á la tarde Engel intentó envenenarse con una botella de láudano que hacía tiempo le había transmitido su mujer, bebiéndose su contenido.

El guardia, apostado á la puerta, oyó la agonía. Llegó el médico á toda prisa y le hizo tomar eméticos. Se le forzó á ir al patio, durante dos horas. Se le volvió á la vida para ahorcarle tres días después.

Se hicieron nuevos registros, y se descubrieron las bombas de Lingg. Pero un hombre como Lingg, no se tuvo por batido. Estaba decidido á no dar á los burgueses el placer de ahorcarle. El domingo escribió de nuevo una carta altanera, burlándose de sus enemigos.

Volvióse á registrar su celda y no se halló nada.

El jueves por la mañana el guardia vió á Lingg encender un cigarro con la bugía, oyóse una detonación. Lanzáronse en la celda, llena de humo. Lingg hallábase tendido en el suelo, la cabeza abierta por largas y anchas heridas. Las carnes del cuello levantadas. La mandíbula, rota, el cráneo agujereado.

Todavía agonizaba, la sangre corría en gran cantidad. Al cabo de cinco horas de horribles sufrimientos espiró. Se había suicidado con una pequeña cápsula larga de una pulgada, llena de fulminante de mercurio. Un pequeño tubo cubierto con sebo fácil de ocultar en la palma de la mano; otros tubos del mismo género, destinados probablemente á sus compañeros, fueron hallados en la celda.

¡Era un hombre! ¡un héroe!

No han podido ahorcar á Lingg, y su memoria vivirá en los corazones, recordando cómo un hombre que paga con la vida, sabe burlarse de sus verdugos, hasta con la muerte.

Neebe quedaba condenado á 15 años de presidio.

Schwab y Fielden habían sido enviados el día anterior á extinguir la pena de trabajos forzados á perpetuidad.

Cuatro horcas habían sido erigidas en un patio interior de la fortaleza de Chicago. Sus muros estaban guardados por más de tres mil hombres.

Las mujeres de los reos fueron las primeras que atravesaron el cordón. Pedían que se les permitiese entrar en la prisión y abrazar á sus maridos por última vez. Esto les fué negado. La mujer de Parsons insistió y fué llevada á la cárcel con todos sus hijos.



Cuando Schwab y Fielden supieron que su pena les había sido conmutada, la tristeza se pintó en sus semblantes. Repetían que preferían la muerte instantánea á la muerte lenta. En la cara de Fischer y Engel no asomó ninguna muestra de la más pequeña impresión.

Spies declama una enérgica arenga contra los asesinos.

Engel permanece alegre hasta el último momento.

Toda la noche conversó con el guarda, contándole historietas mezcladas de propaganda anarquista. ¿No teméis la muerte? preguntaba el guarda. «¡Ya lo véis!» respondía Engel. Lo mismo que Fischer, tenía el sentimiento de no poder haber hecho como Lingg, y privar á los burgueses del goce del espectáculo patibulario. Parsons también conversó toda la noche y cuando no podía cantaba ó se paseaba. Spies rechazó al cura metodista que le envenenaba los últimos momentos su vida.

—Voy á rogar por vos, dijo el cura.

—¡Rogad por vos, si creéis útil perder el tiempo en eso!

Spies se puso á escribir y después á propagar la anarquía, la lucha social y la farsa de los tribunales, á los dos guardianes de noche.

Durante este tiempo el ruido de los martillos les anunciaba que los carpinteros trabajaban en el patio debajo de sus ventanas levantando el cadalso.

«Todos los acusados han oído muy perfectamente este ruido, dice el telégrafo, pero nadie pareció afectarse.»

Al aproximarse el día todos se durmieron profundamente.

Levantáronse temprano, dedicándose á escribir y responder á los telegramas numerosos que les venían de todos lados. Engel, visitado por el cura metodista, sostuvo con él una discusión teológica. Ciertamente que hubiese querido probarle toda la hipocresía de su objeto.

El pegajoso é importuno metodista volvió aún á enojar á Spies, quien tuvo necesidad de encender un cigarro y ponerse á escribir mientras el otro recitaba sus ruegos.

Fischer contó á su guarda que había soñado su casa de Alemania, que había vuelto á la edad de la infancia con toda la inocencia de esta edad y que tenía en su cabeza todos los recuerdos de su niñez.

Los verdugos hacían el ensayo de la nueva trampa mecánica debajo de las ventanas de los acusados.

Fischer entonó la Marsellesa y sus hermanos de infortunio le respondieron desde las celdas vecinas cantando el himno revolucionario antes de partir para la muerte.

A las once cincuenta minutos, se les vino á buscar. Con un refinamiento de crueldad se había hecho todo lo posible para prolongar sus sufrimientos.

Los cuatro compañeros emprendieron el camino con la tranquilidad propia del que sabe que las ideas que ama están muy por encima de todas las tiranías, de todos los verdugos, y que no hay cárceles, horcas, ni sacrificios capaces de contener la libertad del humano pensamiento.

Con voz vibrante y sonora los cuatro mártires entonaron la Marsellesa, que resonó en las calles de Chicago como el eco fúnebre, como la última despedida que daban al mundo de los vivos los que iban á sacrificar sus vidas en holocausto de la emancipación del Proletariado.

La vista del tétrico patíbulo no conmovió en lo más mínimo el ánimo sereno de Fischer, Parsons, Engel y Spies, que si bien consagraron á no dudarlo un recuerdo en su corazón á sus queridas esposas é hijos, á quienes pocas horas antes vieron anegados en copioso llanto, dedicaron su último pensamiento, sus últimas palabras á la causa por ellos tan querida.

Recojamos estas; grabémoslas en nuestro corazón y en nuestro cerebro, como únicos y legítimos herederos, prometiendo solemnemente no cejar un momento hasta dar cumplimiento á la obra á que nuestros compañeros sacrificaron inteligencia, familia y vida.

Helas aquí:

**Spies.**—SALUD, TIEMPO EN QUE NUESTRO SILENCIO SERÁ MÁS PODEROSO QUE NUESTRAS VOCES QUE HOY SOFOCAN CON LA MUERTE.

**Fischer.**—¡HOC DIE ANARCHIE! ¡Viva la Anarquía!

**Engel.**—¡HURRA POR LA ANARQUÍA!

**Parsons,** cuya agonía fué horrorosa, no pudo hablar, porque, en el momento que iba á hacerlo, el verdugo apretó el lazo é hizo caer la trampa.



Pocos momentos después los cuatro cuerpos se balanceaban en el aire como fatídicos badajos tocando á rebato contra la sociedad que los había condenado.

La campanada de Chicago ha repercutido en el corazón de todos los obreros del mundo.

## VIII

El *Arbeiter Zeitung*, periódico del cual era director Spies, publica lo siguiente en su número del día 12:

«Un cuádruple asesinato judicial se llevó á cabo ayer. El derecho de la libre reunión, el derecho de la prensa, del hogar, del amor fraternal, fueron sepultados en sus féretros. ¿No llegará un día de expiación para los capitalistas, decid? Un día de expiación llegará. «La sangre de los asesinados, dice Mr. Grinnell, caerá sobre nosotros y nuestros hijos.»

«¡Asesinato! Asesinato, esa es la palabra, cuyos ecos cruzan la tierra, y millares de pueblos se despertarán por el terrible crimen que se ha cometido en Chicago. Somos honrados, y admitimos que hemos perdido una batalla. Los capitalistas, los eternos enemigos de las clases obreras, han capturado realmente á nuestros más nobles guerreros y los han colgado.

«No daremos asilo al miedo, porque nuestros enemigos esperan destrozarnos nuestras creencias y nuestros corazones. Sentimos vivamente el asesinato de nuestros aliados, pero no nos domina el temor, á pesar de tan dolorosas pérdidas.

«Compañeros; en pie, y trabajemos nuevamente con más ardor!

«No tengáis fe alguna en las lisonjeras palabras que os lanzan nuestros enemigos. Estamos en medio de una guerra, guerra con una organización que tiene un cáncer moral en el pecho, mucho mayor que el que devora la corona del príncipe de Alemania.

«A nuestro lado están las fuerzas de la naturaleza, ante todo como hombres diremos «los amados dioses nos favorecen,» pero no os fiéis en ese mismo Dios que presta su ayuda solamente á los sicofantes y á los aduladores y no á los hijos de la naturaleza.

«Vivimos en guerra abierta con las clases superiores. Ellas posan su planta sobre nuestras frentes.

«Nada importa lo que ha pasado, guardemos nuestros sentimientos y no exhalamos ninguna queja.

«Aun cuando nuestro enemigo nos provoque, invitándonos al combate, no recojamos el guante hasta que estemos seguros de alcanzar el triunfo. Nuestros enemigos naturalmente nos provocan y nos halagan: cerrad vuestros oídos á locas alabanzas. Os recordamos en este día que hemos perdido una gran batalla y os aconsejamos que estéis alerta. Seamos inocentes como palomas y astutos como serpientes.»

Un periódico burgués que se publica en español en Nueva-York describe la solemne ceremonia del entierro de los mártires en los siguientes términos:

«Sin que ocurrieran desórdenes, como se temía, verificóse la traslación de los restos de Spies y sus compañeros anarquistas, desde el nicho que ocupaban provisionalmente en el cementerio Waldheim, á la tumba que en el mismo se les ha erigido por suscripción entre sus correligionarios.

«Una gran concurrencia asistió á la fúnebre ceremonia, notándose la presencia de la madre, hermana y viuda de Spies, la señorita Niña Van Zandt, á quien acompañaban su padre y las mujeres ó amigas de los demás anarquistas ajusticiados, y todas las cuales vestían de riguroso luto.

«Los ataúdes fueron abiertos, apareciendo los cadáveres en estado de perfecta conservación, gracias al embalsamamiento, Niña Van Zandt contempló con estólida inmovilidad las pálidas facciones de su amado, no dando señales de debilidad sino hasta después de terminada la ceremonia. La viuda de Parsons se desmayó.

«Diferentes gremios de obreros hicieron los honores á los cinco cadáveres: una sociedad coral socialista entonó fúnebre melodía; el capitán Black, defensor de los reos, habló en inglés, y otros oradores le siguieron en alemán; y finalmente, fueron cerrados de nuevo los ataúdes y conducidos á la nueva tumba, no sin que antes la viuda de Fischer depositara en la caja de su esposo un retrato de su hijita de dos años, á tiempo que un individuo ponía varios números del *Arbeiter Zeitung*, el periódico anarquista que dirigía Spies, en el ataúd de Engel.»



*El Productor*, de Barcelona, despues de consignar la consumación del crimen, expone las siguientes consideraciones:

«El abismo que separaba á la clase burguesa de la trabajadora se ha hecho insondable; en su fondo corre un río de sangre inocente.

»¡Caiga toda ella sobre esa sociedad metalizada y egoista que lo sacrifica todo á la satisfacción de sus torpes y groseros goces!

»Un siglo ha bastado para demostrar que la república, institución que se ofrecía á los oprimidos como justiciera y reparadora, cayese en el cenagal de la injusticia y del privilegio.

»Si la monarquía llena la historia con sus torpezas y crímenes y fué enfrenada por la revolución, la república vino á sustituirla en la comision de los mismos crímenes cubriéndose con la hipócrita máscara de la democracia.

»En ambos sistemas de gobierno se cobija la autoridad para dar al fuerte y poderoso los medios de oprimir y explotar al pobre trabajador.

»Los hechos hablan con una elocuencia que destila sangre.

»Si una república unitaria ametralla á los trabajadores en París, los fusila en Satory y los deporta á Nueva Caledonia, una república federal levanta la horca para condenar el pensamiento y mata trabajadores reconocidamente inocentes, sólo por llamarse anarquistas.

»Chicago y París son como dos charcos de sangre que interponen una separación infranqueable entre la república y los trabajadores.

»Si la monarquía oprimía y despojaba con el mentido pretexto de patria y religión; la república despoja y oprime con la no menos falsa excusa de libertad é igualdad.

»Y como los trabajadores quieren libertad é igualdad de veras y nada tienen que ver con la patria ni con la religión, aborrecen la monarquía, aborrecen y desprecian la república, y se organizarán para arrancar de cuajo la autoridad, anular todos los privilegios y plantear la anarquía.»

*El Productor*, de la Habana, protesta también con las siguientes palabras:

«Faltaríamos á nuestro deber si en los supremos instantes por que atravesamos, no se levantara nuestra voz para formular la más enérgica protesta en contra de los acontecimientos realizados en Chicago el día 11 del presente.

»Y faltaríamos á nuestro deber, por dos razones; porque como hombres protestamos en contra de la pena de muerte, de ese crimen jurídico que mancha la toga del magistrado con la sangre del culpable... y porque como obreros tenían nuestras simpatías los infortunados anarquistas de Chicago.

»Apóstoles del nuevo derecho, pagaron con sus vidas el tributo á que están condenados los que se dedican á propagar ideas santas y redentoras, que no de otra manera terminaron su existencia tantos y tantos á quienes debemos los pocos bienes con que cuenta la generación presente.

»Ni una blasfemia se escapará de nuestros labios, ni una sola palabra escribiremos que venga á rebajar nuestro carácter; pero antes haremos mil pedazos nuestra pluma, que dejarla correr indiferentes en los momentos en que los trágicos acontecimientos de estos días vienen á herir nuestro angustiado corazón.

»Con la serena calma del que rinde culto á una idea: con la estóica resignación del que se siente dignificado por la posesión de una verdad: alzaremos nuestra voz alto, muy alto, para que el mundo entero nos escuche y sepa que en este rincón de América hay hombres honrados que saben ser consecuentes con su fe jurada.

»Principios de redención universal son aquellos de los cuales hemos hecho el culto de toda nuestra vida, y no es ahora, por cierto, en los momentos del peligro, cuando una cobarde indiferencia había de venir á hacernos repugnantes ante nuestra propia conciencia.

»Oscuro y amenazador se presenta el horizonte del porvenir para los que nos dedicamos á predicar la buena nueva; pero enérgica resolución nos sobra para arrostrar todo cuanto pueda suceder.»

## IX

Tal es, en resumen, el gran acontecimiento por el cual la Anarquía francamente expuesta y declarada ha tomado carta de naturaleza en la lucha que por el progreso sustenta la humanidad.

Si toda idea justa y progresiva ha de recibir su bautismo de sangre impuesto



por las preocupaciones y los intereses creados, la Anarquía ha pagado ese tributo tradicional, para mengua de la democracia y de la república que en este caso han oficiado de verdugos.

La sangre derramada y la voz de los héroes ha conmovido al proletariado universal, que en la tribuna de los meetings populares y en las columnas de todos los periódicos obreros protestó desde el primer momento, clamando venganza contra los verdugos privilegiados y afirmando con admirable unanimidad la aspiración revolucionario-anarquista como el lema que guiará á todos los trabajadores del mundo á la destrucción del capitalismo y del autoritarismo burgués, para el establecimiento de la nueva sociedad basada en la libertad absoluta y en la participación de todos en el patrimonio universal y en la justa distribución de los productos del trabajo.

Todos los oprimidos de la tierra lanzaron su maldición á los degenerados hijos de Washington y de Lincoln.

En todas las lenguas modernas se ha condenado á los verdugos del país del capitalismo que se cubre con el gorro frigio, y se han dirigido sentidas alabanzas á los trabajadores, cuyas virtudes y heroísmo fueron destruídas por la horca republicana.

A partir del 11 de Noviembre de 1887, la última evolución del Estado y de la Autoridad pertenece decididamente á la Reacción y al pasado, la Revolución y el porvenir es para la Anarquía.

El Estado paternal del rey absoluto, murió convicto del crimen de la tiranía despótica de un hombre; el Estado liberal de la monarquía constitucional, vive trabajosamente en algunos países acusado del crimen de encubridor del monopolio de las clases directoras; el Estado republicano, establecido en nombre de la Igualdad, Libertad y Fraternidad, ha degenerado en patrocinador del capitalismo; la próxima evolución de la humanidad traerá, pues, la abolición de todos los Estados.

La Federación de Trabajadores de la Región Española declaró solemnemente su solidaridad con los ilustres mártires mucho tiempo antes de consumarse el sacrificio, y al efecto dirigió un mensaje á los trabajadores revolucionarios de Norte-América, afirmando su identidad de principios y aspiraciones con los condenados por los tribunales de la burguesía republicana, cuyo mensaje, publicado en *El Productor*, de Barcelona, fué denunciado por el fiscal de imprenta.

Inmediatamente la Comisión Federal publicó la siguiente circular:

*«A todas las comarcas, federaciones locales y secciones de la Federación de Trabajadores de la Región Española.»*

»Compañeros: La lucha de clases, latente desde mucho tiempo, se acentúa; lo han demostrado Inglaterra, Bélgica, Francia y Estados-Unidos con sus grandes huelgas á la par que con potentes manifestaciones; Alemania, Austria, Suiza y España, en medio de continuas persecuciones y en lucha también. Todo el mundo proletario se remueve, todo bulle, por todas partes produce calor y despliega fuerza, teniendo que ser su resultado fatal la disolución completa de la actual organización social. Había de ser la Gran República,—el Norte-América,—la que había de darse mayor cuenta de este estado, por ser la nación más rica, la verdadera nación burguesa, y por ende la que más miseria encierra también. El hielo ha de producir necesariamente frío, el fuego calor; esta diferencia marcada de clases, la guerra; y por eso allí se han producido esas grandes huelgas de Mayo, que acabaron en lucha sangrienta por las calles y con la prisión de nuestros compañeros Spies, Schwab, Neebe, Parsons, Fischer, Lingg y Engel. No importa no se hayan podido dar pruebas palmarias en contra de nuestros amigos, se les condenó á muerte; apelan al tribunal superior de Illinois,—uno de los Estados de la Unión,—costándoles esto 20,000 pesos y nuevamente se les condena á pena igual, fijando para cumplir dicha condena el 11 de Noviembre.

»Quieren nuestros compañeros agotar todos los recursos legales antes de apelar á la lucha, en fuerzas tan desiguales, y sólo queda ya un medio legal, es éste apelar al tribunal federal de la República; pero para esto se necesita un verdadero capital que ha de hallarse y debe aprontarse, y nuestros compañeros, que saben que la causa que defienden no es nacional, sino internacional, llaman al proletariado del mundo entero en su ayuda. Se trata, no sólo de la vida de siete compañeros, sino de ver quién vence á quién, y los anarquistas



españoles, haciendo caso omiso de la crisis que atravesamos y de las persecuciones que sufrimos, y con todo y estar tan faltos de dinero como sobrados de voluntad, hemos de hacer un esfuerzo supremo acudiendo en ayuda de nuestros hermanos, los anarquistas, los proletarios todos, pues la causa de los anarquistas norteamericanos es la suya. A este efecto esta C. F. abre una suscripción voluntaria, á la que espera no ha de mostrarse sorda ni una sola colectividad. Son estos momentos de prueba y sacrificios, y hemos demostrado distintas veces ser dignos de lo primero y saber mantenernos en lo segundo, y no podemos desmentirlo en momentos como los presentes. Basta, pues, de manifestaros ideas que vosotros sentís, mejor que las sabemos expresar nosotros, y manos á la obra; remitidnos, si puede ser antes del 15, ó á la mayor brevedad posible, cuando hayáis podido recaudar entre individuos y colectividades, y lo remitiremos á su destino.

»¡La burguesía quiere luchar, pues lucharemos!

»Os desea S. A. F. y C.—Por la C. F.—*El Secretario*.—España Octubre de 1887.»

El resultado de esta suscripción fué el consignado en el siguiente documento:

»Compañeros redactores de *El Productor*. ¡Salud! Hemos remitido ya á nuestros compañeros de Norte-América el resto de lo recaudado para los mártires de Chicago.

»Con una peseta que recibimos últimamente de un compañero de Reus, ascendió el total recaudado á la suma de 1,947'34 pesetas; como habíamos remitido 1,885'00 pesetas por conducto de la casa Arús, faltaba enviarles 62'34 que tenemos girado en billetes por medio de carta certificada.

»Fué empeño nuestro, seguros de interpretar de esta manera los deseos de cuantos tomaron parte en la suscripción, mandarles dicha cantidad líquida, sin descuento de ninguna clase: costó su primer envío entre descuento, corretaje, etc., etc., 34'41 pesetas que hubiera abonado esta C. F. á no hallarnos con que Rosendo Arús y Arderiu, del que nos valimos para su envío, con una generosidad que le honra, se negó á aceptarlo, dado el motivo para que se destinaban los fondos. El segundo envío nos ha costado 15 pesetas, dando pues, un resultado total de *mil novecientas noventa y ocho pesetas setenta y cinco céntimos*.

»Cantidad que recaudada á céntimos, y en el corto plazo de poco más de tres semanas, implica un gran entusiasmo en pro de nuestras ideas, pues representa el esfuerzo de miles de trabajadores que cada uno ha sentido en su rostro el latigazo que pretendió dar á nuestros hermanos de Norte-América la burguesía de dicha región.

»Erraron el camino nuestros enemigos. Pensaron producir miedo, terror, y lograron sólo convertir en mártires á nuestros compañeros, que nada les faltó, ni inteligencia, ni sentimiento, ni convicción, ni valor.

»Ellos supieron ser dignos de idea tan justa y sublime como la Anarquía; sepámoslo ser nosotros también y cumpliremos con nuestro deber.

»España y Diciembre 1887.—Por la C. F.—*El Secretario*.

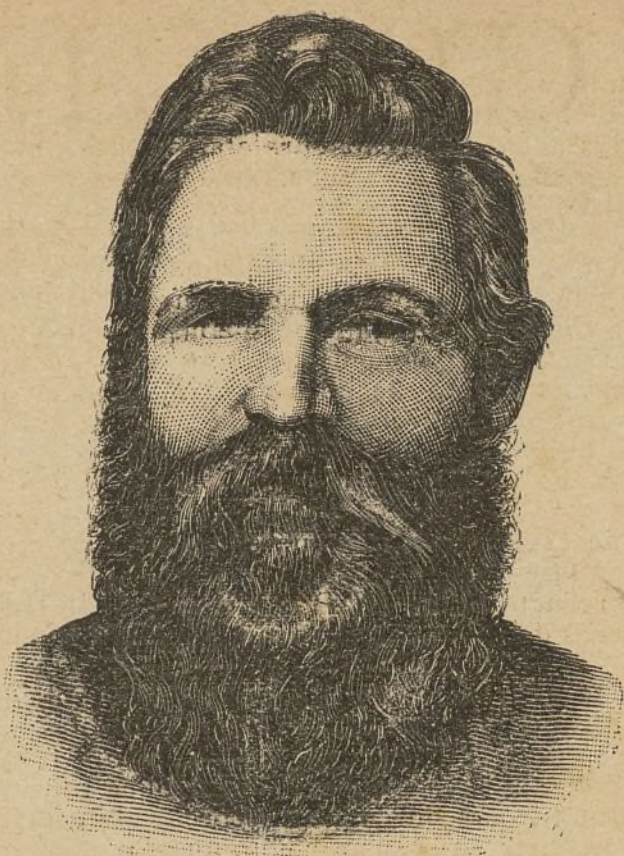
Corona de los mártires es el odio de los verdugos y la admiración de los amigos.

En tanto que la burguesía republicana, consecuente en su odio á toda reivindicación proletaria, se dispone por medio de nuevas leyes á reprimir la libertad del pensamiento y tal vez prepara nuevos suplicios contra los que se distingan por su actividad en pro de la emancipación de los trabajadores, los sucesores de las víctimas de Chicago se afirman más en sus principios, depuran por el estudio sus aspiraciones para elevarlas desde la queja producida por el sentimiento á la categoría de demostraciones científicas y aseguran el porvenir para el no gobierno, la no explotación, el no privilegio, el no monopolio, y en día que cada vez se acerca más rápidamente por las torpezas de los secuaces de los asesinos de Chicago, triunfará definitivamente y para siempre la Anarquía.

De aquí para entonces.

¡Gloria á los mártires de Chicago!

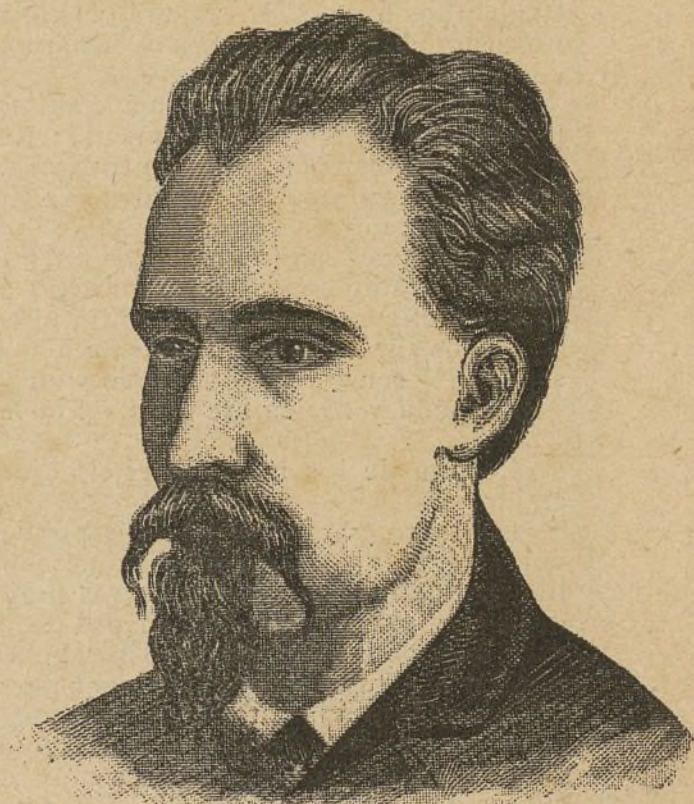




SAMUEL FIELDEN



MIGUEL SCHWAB



OSCAR NEEBE

Anarquistas de Chicago  
privados de libertad por la República Norte-Americana